

NARRATIVA AMBIENTAL

EL BO DRAÑO

y otras historias



EL LOBO BLANCO

y OTRAS HISTORIAS



No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular o titulares del Copyright. Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar.

©LUDOTECNIA

©TELLAETXE ISUSI & ASOCIADOS para esta obra.

ISBN: 84-8172-031-3

Depósito legal: D.L.: BI-1.658-99

C/Padre Larramendi 1, Bilbao 48012

Fotomecánica CREATEK, S.L. Tfno: 94 421 84 20

Imprime RGM S.A. Tfno: 94 443 69 23

Printed in Spain - Impreso en España

"EL LOBO BLANCO Y OTRAS HISTORIAS" es un libro de ambientaciones para el universo de RAGNAROK juego de rol.

La adaptación del relato "El Wendigo" ha sido realizada por J.A.Tellaetxe Isusi.

EL LOBO BLANCO Y OTRAS HISTORIAS, Ref: LT/S003

Relatos:

Algernon Blackwood

Josu Mendiola

J.A.Tellaetxe Isusi

Diseño de portada:

J.A.Tellaetxe Isusi

Dibujos de:

J.A.Tellaetxe Isusi

Corrección de estilo:

Cata Igartua

Índice

Presentación

.....Pág 7

El Lobo blanco

J.A. Tellaetxe IsusiPág 9

El Wendigo

A. Blackwood.....Pág 29

Ragnarok

J. MendiolaPág 83

Presentación

EL “terror blanco”, aquel que se desarrolla en las vastas soledades árticas o subárticas, dispone de un componente que lo magnifica: la soledad. Lejos del cobijo que brinda la civilización, tal y como la conocemos, el ser humano no es sino un guiñapo, primero por enfrentarse con algo que siempre le ha superado: la naturaleza; y segundo, y tal vez más importante, por tener que vérselas consigo mismo. La soledad, la naturaleza y el propio hombre (o mujer) bastan para configurar un marco adecuado para ambientar el terror en su estado más puro.

El Lobo blanco y otras historias es un breviario de ambientaciones posibles para los Árbitros de Juego que gustan de los parajes recónditos. Si el *RAGNAROK* es atemporal —el subtítulo que aparecía en la primera edición de nuestro juego, desapareció hábilmente en la segunda, ¿había dejado de ser *RAGNAROK* un juego de terror contemporáneo?: creo que no, sin embargo hay que admitir que a poco de surgir de la imprenta y llegar a vuestras manos, aquel manual de pasta oscura encontró su auténtica raíz: la intemporalidad; qué es el terror contemporáneo sino el terror de siempre, aquel que asustó a nuestros antepasados y que todavía nos atemoriza a nosotros; lo desconocido, lo aterrador... sólo ha cambiado de presentación, entre el *sacamantecas* con el que asustaba la abuela al nieto mientras le daba de comer y *Freddy* no hay una diferencia sustancial, sólo de formato; los tiempos han cambiado, los miedos, apenas—, qué mejor que un pequeño viaje en el tiempo para recrear situaciones que se prestan a la modalidad de juegos que disfrutamos. Sin embargo debo admitir que estas historias que os presento, situadas en lo más profundo del paisaje blanco —Las Rocosas estadounidenses en *El Lobo blanco*, Canadá en *El Wendigo* y Asia en *Ragnarok*—, rodeado de montañas agrestes unas veces y de inmensas superficies desoladas otras, son una excusa que permite acercarme a uno de los textos que más veces he leído.

Tendría yo dieciocho años cuando descubrí en el interior de la biblioteca paterna un libro que contenía una obra que me pareció excelente; no conocía por aquel entonces gran cosa sobre el terror escrito, aún no había leído a Poe, Machen, Walpole o Lovecraft, sin embargo, aquel cuento de Algernon Blackwood, desarrollado en los bosques y desiertos blancos de Canadá y cuyo título era *El Wendigo*, me impactó de una forma que no puedo definir; tal vez fuera porque relataba de una forma bastante precisa aquellas mismas sensaciones de intranquilidad, de soledad que había vivido —los miedos padecidos en mitad de la negrura nocturna cuando pateaba malamente los montes y zonas elevadas de mi propia tierra—. Quien no se haya encontrado perdido en mitad de la niebla bajo las “Atxas”, en Ibarra; quien no se haya enfrentado a la soledad más absoluta en la escarpada “Itxina”, no sabe a lo que me refiero, tal vez después de haber leído este libro lo

comprenda. Basta cambiar los nombres de los lugares para que aquellos que sí han sentido este tipo de sensaciones lo hagan a la primera.

El terror ha estado, casi siempre, unido a situaciones agobiantes que se vivían en lugares claustrofóbicos. En este libro que has comenzado a leer aparecen variaciones sobre el mismo tema, pero ambientadas en los parajes más abiertos que existen; de forma que el hombre, enfrentado en solitario a la naturaleza, se vuelve juguete de las fuerzas que le rodean, sintiendo un miedo reverencial y atávico que le acrecienta la sensibilidad y le eriza los cabellos ante el más mínimo susurro de las hojas de un árbol.

De la mano de A. Blackwood y de J. Mendiola "Mendi", así como del relato confeccionado por el que os escribe, vamos a poder saborear lo que os estoy contando, al menos eso espero. El miedo es libre, dicen, y en RAGNAROK, además, no tiene tiempo concreto.

Que lo disfrutéis.

J.A.Tellaetxe Isusi



El Lobo blanco

— J.A. Tellaetxe Isusi —



A vida es una marrana, gringo, una marrana que tiene una sartén en la mano y que la pone al fuego. Nosotros estamos dentro. De nuestra habilidad para bailar en su interior depende el que nos quememos o no...". Cuánta razón llevaba el pequeño Raúl; la sangre india que recorría sus venas y los años que había pasado caminando por el interior de las montañas le habían convertido en un mejicano sabio y lamentaba entenderlo ahora.

El interior de la taberna, que hacía las veces de almacén, olía a moho y a suciedad por los cuatro costados; qué se podía esperar de aquel establecimiento de madera que se encontraba cerca del viejo aserradero, ahora abandonado. El local se hallaba situado al lado de cuatro o cinco construcciones similares, de una o dos plantas; todas ellas, afuera, junto a las vías negras del antiguo ferrocarril que daba servidumbre al lugar y que desaparecía –con sus traviesas– bajo la manta espesa y blanca que cubría las laderas y el fondo de aquella posición al pie de Las Rocosas, donde las maderas que provenían de los abundantes bosques cercanos le habían servido al hombre para aposentarse cerca de donde no es sino nada. Un pasillo de nieve pisoteada y barro abundante partía el lugar en dos, perdiéndose con dirección a las montañas. Ciertamente la vida es una marrana, y no todos saben que bailar en la maldita sartén resulta peligroso.

La soledad se mascaba en el ambiente gris que envolvía el poblado y sus habitantes, y también en las caras de los cuatro tramperos que se preparaban en el interior de la taberna para no perder las primeras horas de sol antes de adentrarse en el macizo de montañas, y en la cara malhumorada del regente del local, preocupado por sacar brillo a las desgastadas jarras de metal gris mientras observaba adustamente los movimientos de los hombres cerca de los sacos de judías y harina.

Miró hacia arriba y abrió los ojos perdiendo la mirada en el techo oscuro, tratando de despabilarse, recomponiendo uno a uno los recuerdos de lo que había sucedido. Solo, estaba solo y no podía explicarlo. Nadie creería su historia por mucho que lo intentara.

El aullido triste de uno de los perros que acompañaban a los tramperos le devolvió a la realidad, haciéndose eco de otro aullido, más terrible; el mismo sonido brutal que les sorprendió el día anterior a que todo ocurriera en mitad de la soledad más absoluta, donde los rifles ni la inteligencia servían de gran cosa. Miró por el ventanuco y perdió la vista en las vetas grises y rojas de la caliza que se abría paso entre los blancos de la nieve que cubría la ladera, casi vertical, que encerraba las cabañas y el aserradero, lugar desde donde partían, apremiados por el tiempo que quedaba hasta la próxima nevada –que ya se avecinaba–, buscadores de oro, cazadores, tramperos y soñadores. Las nieves, este año, habían sido tempranas; el corto verano y el mínimo otoño habían dejado paso, casi sin querer, a un invierno que las prometía crudas. Hombres, alguna mujer, perros, mulas y caballos, jugaban a ser algo en aquel asentamiento y perseguirían la misma idea cuando se encontraran en el interior mismo del territorio del gran demonio blanco; y ahora se preparaban, desprevenidos, para comenzar cuanto antes el camino que les llevaría hasta sus propios sueños de riqueza, de gloria, o sencillamente de acabar con el hambre que atenazaba las tripas de medio país.

El color amarillo turbio del brebaje que brillaba en el fondo de la jarra de zinc le distrajo para llevarle en volandas al momento en que –en aquel mismo lugar– sus dos amigos y él mismo, preparaban los aperos y víveres para la travesía que habría de haberles hecho ricos, inmensamente ricos.

– ¿Y sus dos amigos?

El cantinero había movido la fea dentadura bajo el bigote oscuro que sombreaba su labio superior, mientras seguía dale que dale intentando devolver algo del brillo que sin duda tuvieron aquellas desgastadas jarras que sujetaba en sus manazas sucias y grandes.

– Han seguido camino hacia Canadá –contestó de forma seca, sin alterar el semblante–.

El cantinero volvió a sus quehaceres mientras cobraba a los tramperos y les veía partir.

Cincelado en una de las laderas de la montaña, aquel asentamiento parecía seguro, alejado unas cuantas millas del territorio en donde moraba aquello que encontraron y que no podía definir. La montaña tiene un encanto especial –pensó– que se hace perceptible cuanto más se aleja uno de la civilización; los tres eran expertos mineros, habían estado en el

interior de las montañas, eran montañeses de primera, amantes de los lugares salvajes y reacios a dejarse atrapar por las comodidades. Todo era así cuando llegaron a aquel pequeño poblacho que trazaba la frontera entre lo conocido y lo desconocido; después de lo ocurrido él se sumergiría en cualquier lugar concurrido y no lo abandonaría ni por todo el oro del mundo.

– “¿A dónde se dirigen?” –les dijo el viejo–.

– “A los bosques del otro lado de la montaña... a cazar” –contestaron ellos–.

La mirada gélida de aquel hombre de pequeños ojos y grandes arrugas que le cruzaban la cara debería de haberles servido de advertencia, pero no lo notaron. Tampoco hicieron caso de las palabras que pronunció al alejarse:

– “Tengan cuidado, en breve habrá luna llena y despertará, tal vez tenga hambre y buscará...”.

Idioteces de hombre simple; agorero, sólo era un maldito agorero... al menos así se lo pareció.

Recordó el gesto de Morley al alzar el rifle, encarándoselo, apuntando a la nada blanca mientras pronunciaba un estridente “bang” que produjo la risotada hilarante con que despidieron al viejo de cuerpo pequeño y recio, mientras arrastraba su mula llena de trastos y se marchaba por el antiguo sendero que se perdía por el desfiladero, a través de los puentes de madera, el mismo camino por donde habían venido ellos. No había razón alguna para haber mentido a aquel saco de huesos viejos; no eran cazadores –como la gran cantidad de material que cargaban las mulas delataba–, buscaban una mina perdida de la que tenían un buen plano y algunos consejos que no quisieron seguir.

No fue la primera noche, ni la segunda, sino al tercer día cuando los caballos y las dos mulas comenzaron a mostrarse raros, irascibles y poco tratables, como si lo presintieran. Scooty también lo había sentido, erizando sus cabellos de cuando en cuando y mirando hacia los lados, olisqueaba el frío aire de la montaña, siempre cerca de su amo. Aquella maldita tercera noche la luna creciente desplegó su luz por el valle coloreando de violetas la nieve, alargando las sombras de las lindes del bosque cercano y de las rocas y promontorios que festoneaban el recorrido. El campamento descansaba en un claro en mitad de la alfombra blanca, abierto al viento y al frío, lejos del macizo montañoso que habían dejado

atrás durante las jornadas precedentes; en aquellos momentos guarecerse no importaba y la tienda le lona bastaba para sentirse cubiertos y a buen seguro; a la luz de la hoguera cantaron canciones, contaron tontearías, cosas sobre ellos mismos, verdades y mentiras, como hacen los mineros y cazadores que se adentran en la montaña, y trazaron planes sobre lo que harían con el dinero, hasta que se les heló la sangre en el momento en que Scooty se puso de pie gruñendo al espacio abierto.

– “Allí” –Daniels gritó dirigiendo su índice hacia la blancura inmaculada, pero allí no había nada–.

– “No, allí” –en el nuevo allí tampoco–.

Los rifles encarados, amartillados, las miradas atravesando la superficie diáfana de la noche fría y luminosa.

– “Maldita sea, lo he visto, era blanco, lo he visto...”.

De no haber sido por el nerviosismo de los animales, la adusta vigilancia de Scooty y aquella *sensación* que les atenazó por unos instantes, habrían jurado que Daniels estaba de broma.

No, Daniels no era de los que bromeaban; lo conocía desde poco después de la guerra, cuando cruzaron caminos en las mismas montañas, buscando la misma plata que más tarde venderían en Eureka o en Whitetfish. No, Daniels no era de esos.

No volvieron a cruzar palabra, Morley hizo la primera guardia mientras Daniels y él trataban en vano de dormir, con los rifles a mano bajo las mantas y el cobijo precario de las lonas de la tienda, y las palabras del viejo y las recomendaciones de Bradley resonando en sus cabezas. Scooty se quedó cerca de la entrada, con las orejas levantadas y el hocico alzado, olisqueando algo que parecía estar allí y que ellos no podían percibir.

La mañana amaneció gris, cubierta por una espesa niebla que acariaba los rescoldos de la hoguera largas horas apagada, y la manta que envolvía a Morley, en el exterior. Se había dormido. Como una pesadilla que es necesario olvidar, nadie del grupo mentó lo sucedido la noche anterior, y tras recuperar las brasas y preparar el desayuno –una vez tomadas nuevas fuerzas para el camino–, se dispusieron a abandonar el campamento para seguir el trayecto establecido, hasta los bosques del otro lado de la cresta, con dirección al lugar que encerraba la mina y el oro, utilizando la mole oscura de la montaña que se levantaba a su derecha y los árboles cercanos como guías. Quedaba poco para llegar.

Deambularon durante largas horas hasta que por fin la niebla cedió terreno y pudieron ver dónde de hallaban. Se habían perdido y resultaba necesario desandar parte del camino para encontrar de nuevo la ruta que les llevaría hasta el valle de donde partieron, para desde allí retomar el rumbo. El paisaje resultaba mágico; las rocas brillaban allí donde la nieve no las había cubierto y los árboles luchaban por parecer verdes bajo la capa blanca que los encerraba, la luminosidad les cegaba. Un silencio absoluto reinaba en aquel maravilloso lugar, sólo roto, de vez en cuando, por el sonido seco de una quima al romperse bajo el peso de la nieve, a lo lejos. Poco habría de durar aquello. Oscuras nubes comenzaron a ocultar el azul limpio del cielo. La nevada les atrapó cuando trataban de ascender por una ladera escarpada con dirección a la ruta principal, haciendo difícil el avanzar e imposible el percibir nada salvo la blancura grisácea que lo envolvía todo.

– “Pie a tierra” –Morley recomendó parar hasta que amainara el temporal–.

Una techumbre de helechos y lonas sobre un andamio de ramas pues no había espacio para levantar la tienda, y las caballerías bien atadas bajo la copa inmensa de uno de los abetos que los rodeaban, mientras saboreaban el almuerzo y rezaban para que la nieve dejara de caer. En aquel lugar les abrazó la noche; habían sido horas de larga espera infructuosa, de impacientes movimientos de aquí para allá hasta que por fin prepararon la hoguera y echaron a suertes los turnos de vigilancia. A él le tocó el primero, después lo haría Morley y por último Daniels, y juraron que nadie se dormiría. Durante la velada nadie bromeó, como si la pesadilla abandonada pudiera volver; los animales permanecían tranquilos y poco a poco la calma se fue adueñando de los malos presagios mientras la oscuridad se abría paso a través de la nevada, hasta que lo dominó todo.

Solo, en mitad de la madrugada, perdió el sentido por un instante, acunado por el suave murmullo de las ramas al moverse y las hojas al rozarse unas con otras. Embriagado por los sonidos de la noche, el sueño le venció mientras la luna, casi llena, en lo alto, perfilaba las copas de los árboles a varios metros sobre su cabeza; corría por una ladera y gritaba llamando a Daniels mientras un ansia desmedida le atenazaba hasta paralizarle, miraba alrededor y no veía nada, giraba la cabeza y no escuchaba nada salvo un extraño crepitar, como de fuego... y en ese preciso momento vio el fulgor a lo lejos, dos puntos rojos que le observaban, buscó su rifle y despertó envuelto en sudor. Las llamas de la hoguera se alza-

ban ruidosas hacia arriba tras devorar un pedazo nuevo de madera y Scooty las miraba como miran los perros, con una paz infinita y precavida.

– “Tranquilo” –le dijo al animal para tranquilizarse él también–.

Las horas siguientes se le hicieron eternas. En mitad de la oscuridad más lóbrega, acompañado únicamente por el fiel perro de Daniels, escuchando los ruidos de las caballerías y de sus compañeros de viaje, mirando el triste paisaje que le rodeaba, pensó en el mejicano Raúl, en sus palabras sobre la vida y la muerte, sobre la marrana que juega con nosotros en una sartén, sobre lo que conocemos y aquello que tememos por desconocido; lo real y lo irreal, lo fantástico y *lo otro*. Conoció a Raúl en Arizona; fueron años buenos. El mejicano decía buscar oro, pero al cabo del tiempo a su lado comprendió que lo que buscaba realmente era escapar de sus propios fantasmas, como lo hacía él mismo. Hay quien gusta tanto de ese extraño ensueño que reina en los parajes salvajes que abandona definitivamente la protección que le brindan los pueblos, y se enfrenta a sí mismo y a lo que Raúl llamaba *lo otro*, aquello que se cierne sobre nosotros, siempre, como un viejo compañero de viaje al que acabamos por dejar de hacer caso y que nos habla sobre peligros desconocidos y silenciosos. *Lo otro* les rodeaba ahora, lo presentía; Scooty también, por eso se mostraba alerta. Tal vez tuviera razón el mejicano cuando mencionó que en la misma sartén bailamos humanos, animales, plantas y seres que sería mejor no conocer, y que la marrana gusta a veces de juntarnos con el cucharón por disfrutar con nuestro baile agónico, con la quietud que nos paraliza los miembros cuando lo percibimos, y el brinco que damos cuando sentimos el fuego quemando nuestros pies.

Daniels le suplió en la vigilancia y el sueño se adueñó de su apesadumbrado espíritu. Durmió profundamente y no soñó, al menos no lo recordó al despertar del quinto día. La niebla, de nuevo, lamía los troncos de los árboles, presagiando un día como el que habían dejado atrás.

Morley fue quien planteó la situación: la mina de Solomon quedaba tras la crestería, otro día como el anterior supondría otra jornada perdida y lo mejor sería adentrarse a través del bosque profundo, buscando el cauce por donde discurría un riachuelo. De los males era el menor por cuanto que la corriente atravesaba la cresta rocosa y al cabo les situaría muy cerca de donde se hallaba la mina, al otro lado. Con mucho cuidado comenzaron a bajar por la ladera, arrastrando las mulas y manteniendo las riendas de los caballos bien sujetas, mientras la niebla formaba extrañas

sombras a su alrededor, otorgando vida a troncos retorcidos y viejos, calcinados por un rayo o sencillamente derribados por el viento.

– “No hemos visto un maldito pájaro en todo el trayecto” –dijo Morley–.

Daniels callaba, taciturno y ensimismado.

– “Parece que no hay vida en este puñetero bosque” –volvió a sentenciar el primero–.

No se habló más. Comenzó de nuevo a nevar cuando alcanzaron el ruidoso cauce del riachuelo, y la cortina blanca les acompañaría buena parte del recorrido, mientras avanzaban en columna por el camino de agua, sorteando rocas y evitando resbalar. Scooty recorría las zonas altas llenas de matorrales y árboles jóvenes, perdiéndose y surgiendo al poco para meterse en el agua, con ellos, y jugar un rato con los guijarros y las plantas.

El día discurría hacia la tarde cuando llegaron a unas rompientes que les impedían el paso. El perro se mostraba asustado, mirando de cuando en cuando hacia atrás, pegado a las patas del caballo de su amo. Ladera arriba el bosque nevado, otra vez, y por él hacia la zona alta, buscando un lugar de paso por donde volver a la seguridad del cauce pasados unos minutos. Atravesaron el corazón silencioso del bosque, amortiguado el ruido del caminar por la espesa alfombra de nieve que cubría la hierba y los helechos quemados por el frío. No habían comido. Los tres compañeros presentían algo extraño en el ambiente y continuaron sin decir palabra, con prisa por llegar siquiera a ver un final en aquel atolladero que parecía una trampa que les sobrecogía los corazones y seguía poniendo nerviosos a los animales. Fue entonces... Lejano, profundo y duro, surgiendo de la espesura, a un cuarto de milla desde el mismo interior del bosque; un aullido como de lobo, pero diferente.

Una mula perdió pie y cayó por la ladera arrastrando a Morley y su montura que trazaron un surco profundo en la nieve, dejando a la vista la arcilla quemada y dura donde se levantaba la catedral de árboles gigantes que estaban atravesando. Fueron momentos de desconcierto y por qué no decirlo: de temor. El silencio de nuevo, el sacrificio de la mula caída, el repartir su carga entre los tres caballos y la mula restante, el conversar en voz baja sobre qué demonios había sido lo que les había asustado y la necesidad de salir de allí cuanto antes. Seguía nevando y un viento frío ululaba entre los árboles en aquella tarde gris ceniza. Se cubrieron como pudieron y aguantaron mientras seguían camino. Recordó a

Daniels envuelto en su manta de rayas, sobre el caballo, con la cabeza gacha y el sombrero calado hasta las orejas; parecía apesadumbrado, como si no hubiera conseguido disipar de su memoria la situación vivida hacía un par de noches, bajo la montura correteaba precavido el perro, también cabizbajo, con el rabo entre las patas.

– “No llegó a verlo, tampoco tuvo redaños para buscar el cuerpo de su compañero, sólo pensó en escapar”.

Daniels era el único que había estado con el socio de Solomon, el único que había visto el pedazo de oro del tamaño de un dedo que Bradley decía pertenecía a la mina a la que juró no volver jamás. Daniels se lo había contado cuando les planteó el negocio: irían a partes iguales, Daniels, Morley y él mismo sacarían el oro y lo repartirían con Bradley una vez de vuelta en Eureka. La mina era de Solomon y de Bradley, el negocio de ellos.

De nuevo al cauce, ladera abajo, por entre rocas resbaladizas como hielo, entre barros y guijarros, con el agua del riachuelo mojándoles las botas, gélida y limpia. Aquel sendero de agua era la única salida natural del bosque si se quería evitar el llano de más arriba, y por él habrían de seguir aunque se vinieran abajo los cielos. Nadie hablaba, sólo el sonido del chapoteo de las patas de los animales al romper la superficie líquida y el del agua cristalina al chocar contra las rocas redondas de la ribera. Scooty no se separaba del grupo. Los árboles parecían fantasmas retorcidos que sorbían a través de sus raíces el agua del cauce; vigilantes, atentos al pasar de los hombres y sus animales. Ni un ruido ajeno al rozar de las ramas movidas por el viento, amortiguados por el propio caer de la nieve. Lo mágico de aquel lugar se había vuelto presagio de *lo otro*, y volvió a pensar en Raúl y en las extrañas historias que contaba como ciertas. De cómo el bosque es un ser vivo que llama a los hombres, y de cómo hay quien atiende su llamada, y de cómo éstos se vuelven fieras que custodian vastos territorios y los defienden de los intrusos y extraños.

El segundo aullido les sobrecogió aunque nadie movió ni un músculo, ni siquiera el perro, como si todos lo esperaran. Los animales estaban inquietos, lo habían estado desde el principio y parecía que iban a seguir estándolo durante toda la jornada. Sonaba cerca, a unas yardas ladera arriba, desde las rocas que ya se dibujaban en el horizonte blanquecino donde surgía, como abierto por la mano de un gigante, un tajo negro, una sombra oscura, vertical, que partía la montaña en dos, y que a la postre

sería por donde deberían cruzar si querían llegar a la mina de Solomon. Se miraron, atenazando riendas, rifles y dientes, avivando el paso. El desfile devolvía ecos de pasos y de chapoteos, de respiraciones y de miradas hacia arriba y hacia atrás.

Al fin llegaron al otro lado, y allí se hizo la luz crepuscular de un atardecer que les había ido ganando terreno poco a poco. Había dejado de nevar, y desde aquella altura se podía divisar el bosque y sentir que la mina se encontraba en sus entrañas. La luz trajo nuevos ánimos, y risas. Morley disparó dos veces a lo alto, como lanzando un sortilegio de fuego y plomo sobre aquello que les seguía.

– *“Pondré su piel en la pared de la casa que construiré”.*

Les miró y disparó de nuevo. La cara de Daniels se rompió en una mueca de alegría fingida y de temor desbocado y alzando su rifle rompió de nuevo el silencio hasta vaciar la munición. Él también había disparado, una, dos, o tres veces, no lo recordaba.

Recuperada la compostura avanzaron por la vertiente, para comenzar el descenso, en fila de a uno, bien pegados a las paredes húmedas de caliza joven, abierta al espacio franco que se abría ante ellos sobre el bosque de coníferas; tenían prisa por llegar al él, por encontrar la mina y hallar un respiro al duro día que habían vivido. No sabían lo que les esperaba, tal vez Daniels sí lo presentía desde su tristeza y lo perdido de su mirada.

La noche se fue cerniendo sobre la comitiva, moteando de estrellas el firmamento. La luna surgió para llenar de luz el trayecto y de nuevo el aullido, seco, brutal, retador y falto de miedo. Se hizo necesario apretar el paso; el plano de Bradley y Solomon brindaba pistas muy precisas sobre la localización de la mina, sólo era necesario no perder los estribos y encontrarlas, una vez allí la cosa sería diferente. Pero les faltó tiempo, o no supieron divisarlas –la noche juega malas pasadas, y cuando se tienen prisa y miedo todavía más–. Plantaron el campamento en otro claro, sin levantar tampoco aquella noche la tienda, como en la anterior; amarraron las caballerías y preparando los rifles y los revólveres, prendiendo una hoguera grande que les brindaría el calor y la seguridad necesarias. Cenaron poco a pesar de no haber probado bocado desde el desayuno, y las interminables tonterías sobre las que hablaron no hicieron mella en el miedo que aún les sobrecogía y que a duras penas conseguían disimular. Presentimientos y más presentimientos, y Daniels con la cara blanca como la cera, y la frente perlada de un sudor extraño que devolvía destellos

naranjas ante la luz de la fogata mientras acariciaba el lomo de Scooty, hasta que por fin habló:

- "Y si Bradley tuviera razón".
- "¿A qué te refieres?" -le interrumpió Morley-.
- "A lo del guardián blanco".

Morley contestó iracundo, revolviéndose:

- "Bradley es un cobarde que abandonó a Solomon cuando las cosas se pusieron difíciles, sólo eso. No hay demonios sueltos por ahí, salvo para los mojigatos que no tienen arrestos para enfrentarse a la soledad del bosque. No lo aguantó, y menos cuando murió su socio. ¿Quién sabe si no lo mató el propio Bradley?"

No hablaron más. Daniels haría la primera guardia, Morley la segunda y él la tercera. Casi habían llegado, a primeras horas buscarían la entrada de la cueva y en su interior hallarían la mina, tiempo habría para cuidarse de las alimañas o lo que fuera aquello que les intranquilizaba.

Se despertó de un sueño turbio e instintivamente buscó la culata de su rifle. Se levantó, Morley dormía bajo el techado de helechos, arrebujado en su manta, cerca del fuego. Scooty estaba a su lado y también se levantó al verle, con el rabo entre las patas traseras, cabizbajo. Buscó con la mirada la sombra de Daniels pero no la encontró allí donde debería estar; sin despertar a su compañero avanzó unos metros seguido por el perro y percibió el temblor e inquietud que embargaba a los caballos y la mula: estaban de pie, con los ojos abiertos, pateando nerviosamente el tapiz de hierba y nieve, visiblemente alterados y en continuo movimiento. Se acercó a ellos para calmarlos y entonces escuchó el sonido, un siseo leve, como el que produce un cuerpo cuando es arrastrado a través de la nieve, en la espesura, mucho más allá del claro, ladera arriba. Scooty se movió al fin y comenzó a correr para adentrarse en ella, en una dirección precisa que él trató de seguir mientras subía por la pendiente, alejándose desprevenido del calor de la hoguera y de la seguridad que le procuraba la presencia y las armas de Morley. Pronunció "*Daniels*" y avanzó de nuevo, lentamente, hasta que vio la mancha que oscurecía el suelo y escuchó los ladridos, entonces gritó "*Daniels*" y corrió siguiendo el surco trazado en la nieve mientras escuchaba un quejido lastimero y agónico, era Scooty y le acababa de ocurrir algo. "*Daniels, Daniels*" y lo vio en el momento mismo en que las fuerzas le abandonaron. Se quedó quieto a una decena de metros de una sombra grisácea sobre un cuerpo inmóvil, en mitad

de una zona abierta a la luz nocturna donde se iluminaba el desvencijado bulto de lo que fuera el perro de Daniels, rodeado todo ello por troncos viejos y ramas caídas. Una cabeza del tamaño de la de un oso giró sobre un potente cuello, surgiendo de un cuerpo animal cuya espalda, encrespada, mostraba un lomo gris ceniza teñido de azules por la luz de la luna; unos ojos rojos le miraron en franco contraste con lo oscuro de su cuerpo y las sombras de los árboles que aparecían al fondo. “Daniels...”. Sobreponiéndose levantó el rifle y disparó cerrando los ojos. El estampido seco lo espantó, y lo vio alejarse como lo hace un oso, o un hombre que corre a cuatro patas para ser devorado por el bosque, o un demonio que se pierde entre los troncos; y llegó Morley y dispararon juntos mientras las caballerías, en el campamento, relinchaban de miedo y pateaban el suelo, y un sonido brutal, como un aullido, llenaba el bosque y sus oídos. Corrieron, tropezaron, en dirección a la luz que surgía del campamento. Había estado allí: uno de los caballos agonizaba con el cuello abierto, otro luchaba por zafarse de sus cueros mientras pateaba a diestra y a siniestra; la mula y el otro caballo habían sido tragados por la oscuridad.

– “Allí” –Morley disparó a un lugar en el follaje, a través del fuego–.

El matorral bajo y la espesura se revolvieron como si algo o alguien anduviera en su interior y escapara hacia el fondo de la hondonada.

– “Ese no vuelve” –sentenció, más como una rogativa que como una certeza, mientras bajaba el rifle y respiraba hondo–.

Los temores que le habían atenazado desde que Daniels lo viera por primera vez comenzaban a cobrar sentido. Aquella bestia había actuado de una forma casi humana. Había matado a Daniels y a su perro, y ante su presencia había girado en redondo, amparándose en la noche y la espesura, hasta llegarse a sus espaldas para atacar la retaguardia, destrozando el campamento y eliminando la única forma que tenían de escapar: los caballos. Quería atraparlos allí y podía jurar que lo había conseguido.

El cuerpo de Daniels estaba deshecho, el vientre abierto y el cuello desgarrado. Morley le cerró los ojos y juntos lo llevaron cerca de la hoguera, envolviéndolo en lonas que se tiñeron poco a poco de una sangre espesa y roja que les manchó las manos. Mientras movían el cuerpo de su compañero, Morley le miraba y él no contestaba.

– “¿Qué a podido hacer esto?, tenía que ser muy grande, mira las heridas” –Morley le miró, esperando una respuesta que no podía dar–.

– “Ciertamente lo era” –contestó él, al fin–.

– “¿Un oso...?”

La cara de su compañero buscaba respuestas y él asintió sin atreverse a decir la verdad de lo que había visto. Los osos no atacan con ensañamiento, salvo que se halle en peligro su prole, o su guarida. Aturdidos por lo brutal de los acontecimientos vividos dieron por cierto que se encontraban cerca de una osera y tomaron las precauciones que sabía no iban a servir de nada. Ninguno de los dos mencionó ni el tamaño ni la forma de las huellas que aparecían alrededor del cuerpo de su amigo y en el propio campamento, cerca de los animales. Aquella noche no durmieron, envueltos en sus mantas esperaron a la luz del día y se prepararon para encontrar la mina y los animales perdidos. Morley en la montura que quedaba buscaría las caballerías y él, a pie, la entrada a la cueva y en ella la mina.

Se le hizo difícil caminar en solitario en mitad de aquel paisaje matinal fantasmagórico, envuelto en una neblina fría; cada ruido, cada movimiento provocado por el viento en los helechos, el matorral o las ramas, le parecían la antesala del infierno que habían vivido la noche anterior. Se topó al fin con los dos árboles caídos que anunciaba el plano, uno sobre otro; cincuenta metros ladera arriba encontró los restos del viejo cementerio indio, tras él, sin duda, hallaría la entrada a la cueva, pero no avanzó más. Desanduvo el camino y volvió al campamento rezando para que Morley volviera pronto, sano y salvo. La soledad le pesaba como una losa.

Junto a la lona que tapaba el cuerpo de Daniels y las brasas humeantes de lo que fuera la hoguera, desgranó minuto a minuto una espera que le parecía interminable; por entretenerse decidió acercarse hasta el lugar en donde habían encontrado a Daniels, por buscar los restos de Scooty y llevarlo también hasta el campamento. Se le helaron las ideas y la sangre: lo que fuera había vuelto hasta allí para terminar con el cuerpo del perro que aparecía ahora como un montón de tejidos desgarrados y medio comidos. Un miedo frío le cercenó la respiración mientras pensó que tal vez, la noche anterior, la bestia les estuviera mirando mientras retiraban el cuerpo de Daniels, desde la oscuridad, esperando a que se fueran para destrozarse el perro, marcando sobre la nieve un aviso que comprendió: aquél era su territorio, y él era el único dueño.

Sintió un asco profundo y un pánico que le recorrió la columna vertebral, y aferrando el rifle caminó hacia atrás, sin atreverse a mirar cómo ni por dónde lo hacía, tropezando con las ramas de algún árbol; abandonó

el claro y se introdujo a través del bosque bajo hasta llegarse de nuevo al campamento, esperando no encontrarselo allí. Por precaución se sentó entre los helechos, a unos metros del lugar que había abandonado hacía escasamente unos minutos, acurrucado y oculto por el enramado.

Los pensamientos iban y venían de Raúl a Bradley, de Daniels a la fiera, hasta que una silueta oscura se movió entre las ramas inferiores de los árboles a los que se enfrentaba, al otro lado de la zona ocupada por los viveres, las mantas y los aperos; alzó el rifle y escrutó a través de la mira para suspirar hondo cuando descubrió al caballo de Morley con él encima, saludándole con un aire bastante cansado.

– ¿A Canadá?

Las palabras del dueño de la taberna le devolvieron a la realidad y contestó ensimismado:

– ¿Qué?

– Le pregunto por sus compañeros, ¿que cómo es que han ido hacia Canadá por las montañas?, con la que está cayendo y lo que se avecina dudo mucho que alcancen la frontera.

La fea cara del cantinero se perfiló nítidamente mientras la miraba enturbiado todavía por los recuerdos.

– Puede que hagan escala en Saint Mary, llevaban esa dirección –contestó lacónico, mirando de nuevo la jarra–.

– ¿Y usted hacia dónde va?

– Me vuelvo a Whitefish, me esperan allí.

La contestación no había convencido al hombre que seguía dale que dale con las malditas jarras de metal y el trapo, pero no le importaba lo más mínimo. Al poco el cantinero se volvió a lo suyo, consciente de que el forastero no tenía ninguna gana de hablar.

Volvió a mirar a través del ventanuco y volvió a recordar cuando cavaron la fosa donde descansaría Daniels, y la tristeza que les embargó mientras amontonaban piedras sobre un agujero poco profundo, difícil de horadar por lo endurecido de la tierra de aquel sitio, y la abundancia de piedras; y más tarde la búsqueda de la pista de la cueva en mitad de la ventisca que comenzó a azotarlos de nuevo mientras se adentraban por entre las pértigas que en su día sostuvieron cuerpos de guerreros de los que ahora sólo quedaban un montón de huesos esparcidos. Sólo disponían de un caballo, Morley había encontrado los restos de la mula y del otro ani-

mal cerca de un arroyo, al fondo de la hondonada en donde se levantaba el bosque de Solomon y Bradley. Poca cosa si trataban de salir de allí.

Las horas que continuaron a la localización de la mina las utilizaron para levantar el campamento definitivo, cerca del pequeño lavadero que había aguantado la intemperie y los rigores del año pasado. Acarrearon los aperos desde el asentamiento utilizado la noche anterior, colocaron los bultos y prepararon una especie de empalizada con ramas cortadas y piedras, en previsión de un nuevo ataque. La entrada a la gruta era lo suficientemente grande como para albergarlos a ellos y al caballo, por lo que dispusieron las cosas para que todo cupiera en su interior, sin estorbar. Muy cerca de la entrada de la gruta estaba el comienzo de la mina, un agujero de apenas el tamaño de un hombre que descendía desde la cueva, unos metros, hasta donde se abría en una galería cuidadosamente labrada en la piedra, con suelo de tierra blanda, en lo que habría sido el paso natural antes de que Solomon y Bradley la trabajaran. El resto era un entramado de vigas podridas que sostenían malamente el techo de tierra y piedras, y que se perdía en una oscuridad húmeda que acabaría a buen seguro en el filón abandonado. No indagaron más por aquel día, dejando para el siguiente las labores de rastreo a través de las galerías.

La tarde la pasaron repasando los materiales y preparando los planes para la jornada venidera; mientras, en el exterior el frío arreciaba y el bosque se desdibujaba lentamente entre las nieblas que surgían del fondo de la hondonada y la propia noche que como una mortaja ya descendía sobre el lugar. Hablaron poco durante las horas que siguieron, el recuerdo de Daniels y el temor les había vuelto mudos. Morley recordó al perro y él le convenció de que sin duda habría servido de alimento a las alimañas.

– “Mejor dejarlo así” –musitó aliviado–.

La noche gobernaba el bosque y la gruta palpitaba con los destellos de la hoguera pequeña que habían encendido; al fondo el hueco de acceso a la mina, como una pequeña garganta abierta. El olor a humedad, a humo y a caballo penetraba por las fosas nasales de los dos hombres, arrebujados en sus mantas, bajo los sombreros, que luchaban contra el frío intenso que se había desatado en aquella maldita hoquedad. Morley se frotaba las manos, y él acariciaba de manera enfermiza la culata del rifle.

– “Vamos, hombre, no creo que se atreva a atacarnos aquí”.

– “Yo tampoco lo creo”.

Era mentira, y en el semblante de Morley también se adivinaba que no creía en sus palabras.

– “Daniels dijo que era blanco...”.

– “Yo lo vi gris” –tras sus palabras un silencio largo–.

– “Puede que fuera un oso albino, conozco a quien los ha visto más allá de los bosques del norte de Canadá”.

Miró a Morley y por fin se atrevió a decir:

– “Bradley habló de un lobo que parecía un hombre, o de algo similar, que cuidaba del viejo cementerio y de la entrada a la gruta...”.

No le dejó continuar.

– “Bradley era un cretino...”.

Pero él siguió:

– “Tuve en la montaña un amigo que creía en esas cosas y no era ningún imbécil” –Morley le miraba tratando de evitar que continuara hablando–.

– “Y si existiera en realidad un ser de esas características...”.

Morley cortó de forma violenta, como tratando de dar por zanjado el asunto:

– “Vamos Arlan, no me vengas ahora con esas, los demonios de los bosques, las bestias desconocidas de las que tanto se habla cuando se está borracho, no son sino imaginaciones. Puede que fuera un lobo grande, las huellas en el suelo eran de considerables dimensiones, o un oso como creo que era, el resto es sólo oscuridad, miedo y retazos de cosas que vemos y de cosas que nos parecen al mismo tiempo”.

Escuchó el estampido del rifle de su compañero y el relinchar alocado del caballo, en un estruendo magnificado por la hoquedad de la gruta. Después el crujir de la empalizada y los gritos de Morley:

– “Abajo, abajo, a la mina”.

Después el segundo y el tercer estampido bramando en mitad del caos más absoluto. Medio dormido, sin tiempo siquiera de despertar del todo, cogió su rifle y se escabulló por el agujero que daba entrada a las galerías cavadas por Solomon y Bradley, a pocos metros Morley se agitaba presuroso, tratando de ganar terreno mientras disparaba por última vez.

– “¿Llevas munición?” –no, no la llevaba salvo la que guardaba en su interior el rifle y las seis balas del tambor de su revólver–.

Morley maldijo en voz alta mientras reptaban por la galería pequeña, hasta llegar al primer ensanchamiento. Las vigas de madera podrida, los charcos de agua y la humedad fría de las paredes de piedra y barro les recibieron como las entrañas de un animal que acababa de devorarlos. Sin luz, con un miedo que los atenazaba, comenzaron a caminar a tientas por una zona que durante la tarde no habían registrado. Un pasillo largo y oscuro que atravesaron tropezando con algunos cachivaches abandonados, mientras acariciaban las paredes y las maderas, sintiendo el pulso interior de la montaña y un respirar forzado y babeante detrás. Una bifurcación y el sonido seco de pasos que les seguían a unos metros.

Una de las galerías se abría hacia la derecha y Morley le empujó por ella para que avanzara hasta una tenue luz que surgía al fondo. Una viga crujió a su paso, se pararon mientras hacían receso de la situación: estaban atrapados, sin alternativas ni vías de salida salvo que intentaran enfrentarse a una bestia que ahora también había visto Morley y que les estaba siguiendo por el interior del laberinto tallado por Solomon y Bradley. Morley disparó hacia el interior de la oscuridad que dejaban atrás iluminando de fuego el pasillo, una fina lluvia de tierra comenzó a caerles sobre las cabezas mientras un crujido lastimero recorría las vigas y las paredes, parecía que todo se vendría abajo tras un segundo disparo. El sonido les fue devuelto multiplicado, distorsionado, mientras continuaban camino hacia la luz que se dibujaba al fondo y que resultó pertenecer a una pequeña hoquedad que terminaba en su parte inferior en un pozo profundo.

Como un ábside en una iglesia, aquel hueco aparecía diáfano por la luz que le llegaba a través de una chimenea de roca que lo unía al exterior del promontorio, unos metros sobre sus cabezas. Los ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la tenue luz, y descubrieron entonces una desvencijada escalera que se perdía en el fondo oscuro del pozo.

– “*Sigue*” –ordenó secamente Morley, mientras su voz sonaba como un susurro devuelto una y mil veces por las frías paredes de aquel embudo natural tallado por el agua en roca viva–.

Descendieron media docena de metros, acompañados por los ruidos de sus respiraciones y el lastimero gemir de las maderas bajo su peso. Nada parecía moverse arriba, al menos no lo notaron. El fondo del pozo era de tierra húmeda, como las paredes que rezumaban agua de algún manatíal cercano, y la luz tenía dificultad en llegar allí abajo; la abertura

cenital se convirtió en un punto azulado, nítido y lejano, muy arriba, por donde asomaba parte de la luna llena que gobernaba el valle, el bosque y el exterior. Pasaron en aquel lugar, sin moverse, un tiempo que pareció dilatarse hasta el infinito. Acostumbrados por fin a la oscuridad reinante y llenos de barro, sin ruidos que delataran la presencia que tanto temían, Morley avanzó por fin unos pasos, palpando la pared, hasta que encontró otra abertura por la que se introdujo hasta desaparecer como una sombra tragada por otra, más grande. Le siguió, temiendo quedarse solo, hasta que sus botas tropezaron con algo en el suelo que parecían ramas. Se agachó y se quedó petrificado, con el aliento contenido y los ojos cerrados, sin duda había dado con los restos de Solomon, y sin querer le vinieron a la memoria las palabras que puso Daniels en boca de Bradley: *“no tuve redaños para bajar a buscarlo”*.

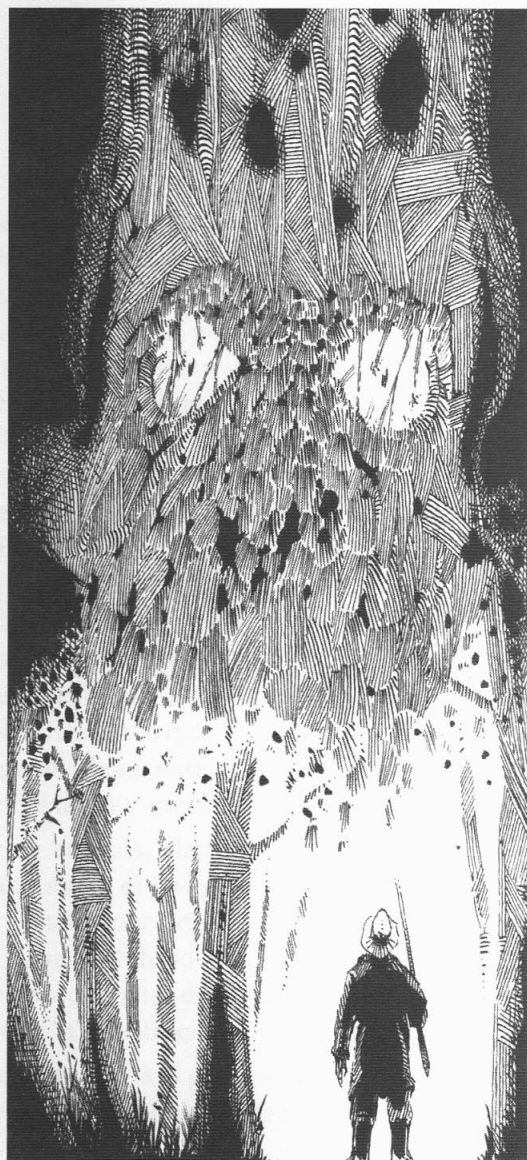
– *“Aquí está”* –Morley acababa de encontrar algo, y él calló su hallazgo–.

Siguió un par de pasos a su compañero hasta que también pudo notar el suave reflejo amarillo del precioso metal que acariciaba sus dilatadas pupilas, y el tacto suave y laminado al tocarlo con los dedos; estaban a dos palmos de la veta prometida por Bradley. Un golpe seco a su espalda anunció que algo pesado había caído al pozo. La luz de la luna iluminó un amasijo de carnes rotas y huesos incompletos. Morley perdió la cabeza, de no haber sido así no podría llegar a entender cómo salió del agujero que les amparaba para enfrentarse a una bestia que les retaba lanzando los restos desenterrados de su compañero y que a buen seguro les estaba esperando. Morley desapareció de su vista como una sombra que es tragada por una luz mortecina, mientras disparaba sus últimos cartuchos, luego los *“clicks”* consecutivos de un disparar compulsivo; y más tarde el alarido estridente, que choca contra las paredes y se repite en ecos infinitos para metérsele en los oídos, y los gruñidos de la muerte y el agónico gemir de un hombre que fallece enfrentándose a una bestia colosal, inteligente, blanca como la luna que parecía darle vida y que aterrizó en mitad del pozo para mirarle a él con sus ojos rojos, en el fondo del hueco, rodeado por el oro y los restos de Solomon, y que permaneció quieta, observándole mientras se le humedecían los pantalones y un hedor descompuesto le anegaba los sentidos mientras aferraba un rifle cargado pero inútil.

No recordó cuánto tiempo estuvo allí, ni cuándo se fue ella, ni cuándo se atrevió a salir. Tampoco recordó cómo encontró al caballo ni cómo lle-

gó de nuevo a aquel asentamiento fronterizo donde el hombre parece algo frente a la naturaleza.

Bebió de un sorbo largo el brebaje y se dispuso a salir, quiso decirles algo a los mineros que ya preparaban viaje, con su perro, pero no pudo. Alzó las solapas de su pelliza y aferró las riendas del caballo para perderse por el camino que les había traído a él y a sus dos compañeros a la linde de la heredad del demonio blanco que gobierna el bosque, más allá de la crestería.



El Wendigo

— Algernon Blackwood —



SE habían realizado aquel año un considerable número de partidas de caza sin que se hubiese conseguido descubrir ni un solo rastro reciente. Los alces se mostraban extrañamente asustadizos y tímidos, como jamás se les había observado, y todos los cazadores volvían a sus hogares pertrechados con las mejores excusas que les sugerían los hechos acaecidos, o su propia imaginación. También el doctor Cathcart, entre otros, había regresado sin un solo trofeo; en cambio, había traído consigo el recuerdo imborrable de una aventura singular, más valioso –según propia confesión– que todos los alces gigantes cazados por él hasta aquel entonces. El doctor Cathcart, de Aberdeen (Escocia), se hallaba en aquel momento muy interesado en otras cosas además de la caza, entre ellas los caprichos extravagantes de la mente humana; sin embargo, la particular historia vivida por él, no había sido mencionada en su libro *“Alucinaciones colectivas”*, por la sencilla razón –declaró a un colega– de que él también había tomado parte activa en dicha historia, en la que desempeñó un papel importante, por lo que le hubiera resultado imposible formar un juicio exacto y competente sobre ella...

Además de él y de su guía, Hank Davis, formaban parte de aquella expedición un sobrino suyo, el joven Simpson, estudiante de teología de la *Wee Kirk* –quien visitaba por primera vez los apartados parajes canadienses–, y su guía, Joseph Défago un indio francés de la tribu *canuk* que había huido de su provincia natal de Quebec años atrás, siendo atrapado en Rat Portage cuando la construcción del *“Canadian Pacific Railroad”*.

Podía decirse que Défago era el guía ideal porque además de sus conocimientos de la fauna y flora del país, además de todos los secretos de la caza, sabía cantar viejas canciones de viajeros franceses, y, por añadidura, contar maravillosas e increíbles aventuras cinegéticas. Era además, profundamente susceptible a ese singular hechizo que ejerce el bosque profundo sobre ciertas naturalezas solitarias, y amaba las salvajes soledades con una especie de pasión romántica que llegaba en él a constituir una auténtica obsesión. La vida en los parajes apartados y desérticos lo fascinaba, y de ahí nacía, indudablemente, su facilidad para desentrañar sus profundos e intrincados misterios.

Défago había sido elegido por Hank para aquella expedición porque lo conocía bien y era su mejor amigo. Él le correspondía en su amistad siendo el amigo más íntimo y fiel de Hank. Bromeaban siempre entre sí como dos camaradas y desde el momento en que Défago poseyó un extenso vocabulario de pintorescos e insensatos juramentos, la conversación entre ambos intrépidos y rudos cazadores resultaba de lo más sabrosa y animada. Sin embargo, Hank procuraba encaminar aquel torrente de interjecciones, dulcificándolo en lo posible, por respeto a su viejo patrón de caza, el doctor Cathcart, a quien, no obstante, se dirigía siempre dándole el apelativo familiar y cariñoso de *Doc*—empleado como apócope de su tratamiento profesional—. Tenía, sin embargo, un único reparo que hacer a Défago, y era que el franco-canadiense exhibía a veces lo que Hank denominaba «los efectos de una maldita y funesta imaginación», muestra inequívoca de su raza, y sufría accesos de una especie de irritabilidad silenciosa, durante los cuales no había nada ni nadie capaz de hacerle soltar ni una sola palabra. Lo que tenía Défago—según Hank—era melancolía y alucinaciones, y los ataques, generalmente, eran provocados por encontrarse demasiado tiempo bajo los influjos maléficos de la civilización, pues unos cuantos días de vida salvaje en el páramo acababan invariablemente por curarlo.

Ésta era, pues, la historia de la partida de cuatro exploradores que se encontraban acampados la última semana de octubre de aquel «año de los alces tímidos» en el camino que conduce al desierto blanco situado al norte de Rat Portage, una comarca desolada, fría y abandonada. Estaba también con ellos Punk, un indio que había ya acompañado al doctor Cathcart y a Hank en sus excursiones cinegéticas de los años anteriores, sirviendo como cocinero. Sus obligaciones se reducían a estar en el campamento, pescar en el lago y tener preparadas sabrosos pedazos de carne de venado y aromáticas tazas de café a los pocos minutos de haberse las pedido. Vestía ropas usadas, heredadas seguramente de otros patronos anteriores, y si no fuera por sus ásperos y negrísimos cabellos, podría decirse que con su atuendo ciudadano, se parecía tanto a un verdadero piel roja como un actor de teatro disfrazado de negro a un legítimo africano. Pero, y a pesar de todo, Punk conservaba intactos y sin mancha, arraigados en lo más íntimo de su ser, los instintos propios de su raza: su silencio taciturno, su resignada paciencia y su profunda superstición.

Los hombres, que rodeaban aquella noche la flamante hoguera, estaban desesperados: había transcurrido más de una semana sin haber des-

cubierto la menor señal del rastro reciente de un alce. Défago había cantado todas sus canciones y referido infinidad de historias cinegéticas, pero Hank, de muy mal humor, le había repetido, una y otra vez, con machacona insistencia, que «se dejase de monsergas, que todo aquello no era más que una sarta de embustes urdidos en su imaginación», y el francés había concluido por caer en uno de sus sombríos y melancólicos mutismos, del que parecía que no habría nada capaz de sacarlo. El doctor Cathcart y su sobrino estaban francamente rendidos después de un día agotador. Punk lavaba los platos, gruñendo y murmurando para sí, bajo las ramas, donde más tarde se echaría a dormir. Y nadie se preocupaba del agonizante fuego... Arriba brillaban las estrellas en un cielo negro, tempestuoso e invernal, y el viento estaba tan en calma que el hielo se iba formando lentamente, tras ellos, a lo largo de las orillas del tranquilo lago. El silencio del vasto y espeso bosque –ese silencio rumoroso que hace que nos detengamos a escuchar, como si alguien hubiese pretendido hablarnos– avanzaba furtivamente y parecía ir envolviéndolos poco a poco.

Hank rompió, al fin, aquel silencio expectante que iba haciéndose cada vez más angustioso, y habló de esta manera con su voz nasal:

– Creo que mañana deberíamos reconocer otros parajes, Doc –observó con energía, mirando de soslayo a su patrón– de aquí no sacaremos más que lo que el negro del sermón...

– De acuerdo –contestó Cathcart, hombre de pocas palabras–. Creo que es una idea acertada...

– Y que usted lo diga, patrón... –resumió Hank confiadamente–. ¿Qué le parecería si por variar, tirásemos usted y yo hacia el Oeste, subiendo por el camino que conduce al lago Garden? Ninguno de nosotros ha llegado jamás hasta esa tranquila comarca...

– De acuerdo –contestó decidido el doctor–.

– Pues entonces, Défago, lo mejor será que tú te lleves al señor Simpson en la pequeña canoa, a través del lago, y al llegar a la otra orilla la dejes en tierra y os dirijáis a la laguna de las Cincuenta Islas. No muy lejos de su costa meridional podréis acampar para pasar la noche y, al día siguiente, continuar camino hasta aquel infierno donde las llamas parecían querer devorarlo todo... Allí se guarecieron los alces el año pasado y tengo la intuición de que este año han hecho lo mismo. Al menos ése es mi parecer.

Défago, con sus ojos fijos en el fuego, no respondió nada; probablemente estaba todavía enfadado por no haberle dejado contar en paz sus cuentos de caza...

– Nadie ha llegado hasta allí este año y yo empeñaré en este asunto hasta mi último dólar... –agregó afectadamente Hank, como si, efectivamente, tuviese alguna razón poderosa para confiar en su afirmación; luego miró fijamente a su colega y continuó como si el asunto hubiera quedado zanjado, puesto que él había sido reconocido por todos como organizador de la caza y encargado de la partida– lo mejor es que cojas la tienda pequeña de seda, Défago, y que te pases un par de noches por ahí con el señor Simpson...

Era obvio –así lo pensaban todos– que Défago no obstaculizaría el plan trazado, pero su actual mutismo parecía tener mucho más alcance que el de una mera desaprobación, y a través de la sensitiva piel morena de su rostro se vislumbró una expresión extraña que desapareció, como si el resplandor de un relámpago la hubiera eliminado por un instante, aunque no tan rápidamente que los otros tres hombres no hubieran tenido tiempo de percibirla.

– Yo creo que Défago tiene miedo de algo... –dijo Simpson cuando se encontró a solas con su tío en la tienda que ambos compartían. El doctor Carthcart no contestó inmediatamente, aunque el aspecto de Défago le había preocupado lo suficiente como para hacerle pensar intensamente en él, causándole un inquietud de la que, de momento, no se había dado perfecta cuenta–.

Hank había sido el primero en percibirla, aunque resultaba curioso que, en vez de irritarlo mostrándole colérico con los demás, comenzase, precisamente a partir de ese momento, a bromear, dando pruebas de un humor excelente.

– No hay razón alguna para que no haya ido nadie a esa región este año –dijo tranquilamente–, ni siquiera esa razón en la que tú piensas... El año pasado fueron las llamas voraces las que impidieron que se llegase hasta allí, ...y este año yo creo... creo que está ocurriendo lo mismo... ¡y eso es todo!

En la forma de hablar de Hank se adivinaba claramente que lo que se proponía era dar ánimos a los demás.

Joseph Défago alzó un momento los ojos y luego volvió a dirigirlos hacia al fuego. Desde el bosque llegó una ráfaga de viento frío que remo-

vió las brasas de la hoguera, haciendo un remolino, avivando momentáneamente las llamas. El doctor Cathcart descubrió entonces, gracias al vivo resplandor, que aquella expresión indescriptible del rostro de Défago, que tanta inquietud le causaba, había aparecido de nuevo; pero, en esta ocasión, le traicionó su mirada al elevar los ojos, y el doctor pudo sorprender en ellos, por un instante, la expresión de terrible temor... Este descubrimiento le inquietó más de lo que deseaba y, para quitar importancia a lo ocurrido, trató de echarlo a broma, diciendo, mientras sonreía forzosamente:

– ¿Y no nos encontraremos con indios hostiles por ese camino... –hizo una pausa al ver que Simpson, con demasiado sueño para percibir la ironía de su tío, se dirigía hacia su cama dando un formidable bostezo, y, cuando comprendió que estaba en disposición de oírlo, continuó– o algún otro ente dañino propio del país...?

Hank se echó a reír y replicó con humor, aunque sin ese candor habitual en él, otorgando un amistoso golpe con su pie en el de Défago, enfundado en su mocasín y arrimado al fuego:

– Estás asustado... ¡muerto de miedo por causa de algún absurdo cuento de aparecidos! ¿eh, viejo amigo...?

Défago alzó los ojos, como si su ensueño hubiera sido bruscamente interrumpido, una ensoñación que, no obstante, llegaría a hacerse realidad..., y contestó irritadamente y con aire de reto:

– ¡Yo no tengo miedo a nada! ¡Nada de la selva puede asustar a Joseph Défago, no lo olvides!

La energía natural con que había hablado no permitía adivinar si había dicho toda la verdad o solamente una parte de ella.

Hank se volvió hacia el doctor, y ya se disponía a agregar algo cuando se detuvo bruscamente y miró inquieto en derredor. Un ruido apenas perceptible pero muy cercano, detrás de ellos, en la oscuridad, los había hecho sobresaltarse... Se trataba del viejo Punk, que se había levantado de debajo de las ramas mientras hablaban, y ahora estaba allí, de pie, detrás del círculo que formaban alrededor del fuego, escuchando lo que decían.

– ¡En otros tiempos, Doc –murmuró Hank, haciendo un guiño–, los de la galería no bajaban al patio de butacas! –y saltando desde donde se hallaba, dio un fuerte manotazo en la espalda del indio, mientras le gritaba ruidosamente– ¡Anda, acércate al fuego y calienta un poco tu asquerosa piel roja...!

Lo arrastró hasta la hoguera y luego echó más leña para avivar la llama. Después continuó cordialmente, como si su pensamiento se hubiese trasladado a otra parte.

— Hace una o dos horas nos has dado una estupenda comida y no sería de buenos cristianos dejarte helar ahí de frío mientras nosotros casi nos tostamos a la lumbre...

Punk se acercó al fuego y calentó sus pies, sonriendo sombríamente ante el carácter cambiante de Hank, a quien sólo había comprendido a medias, aunque sin pronunciar una sola palabra. Y el doctor Cathcart, viendo que toda conversación posterior sería imposible, siguió el ejemplo de su sobrino y se fue a la tienda, dejando a los tres hombres fumando cerca del fuego que ahora chisporroteaba alegremente.

No resultaba fácil desnudarse dentro de una pequeña tienda de campaña sin pisar al compañero, y Cathcart, a pesar de sus cincuenta y tantos años, realizó lo que Hank habría calificado de *merienda de negros en un descampado*. Sin embargo, durante este tiempo, pudo darse cuenta de que Punk había vuelto al cobijo de sus ramas, mientras que Hank y Défago discutían acaloradamente, aunque aquella discusión era como machacar en hierro frío —el hierro frío era el pequeño franco-canadiense—. El clásico melodrama del oeste estaba totalmente servido: Défago, con su gabán y sus mocasines, en el papel de malo o de villano; Hank, sin sombrero y con su típico gesto despreocupado plasmado en un inconsciente encogimiento de hombros, interpretando al honrado y burlado héroe; el viejo Punk, escuchando a hurtadillas, en segundo término, ambientando la escena y llenándola de un cierto aire de misterio; y, por último, el fuego crepitante de la hoguera entreteniéndose en iluminar y oscurecer los rostros, como si en un auténtico juego de colores, los tiñese de rojo y de negro alternativamente... El doctor sonrió al percibir todos los detalles, pero al mismo tiempo, algo muy profundo dentro de sí —no tenía conciencia de lo que era— le hizo estremecerse, como si un soplo casi imperceptible hubiese rozado levemente su piel, alejándose de nuevo antes de ser comprendido. Probablemente este inquietante presentimiento provenía de aquella expresión de terror que el doctor había sorprendido en los ojos de Défago; y digo probablemente porque de otro modo, esa insinuación de una emoción fugaz no habría escapado a su profundo y minucioso análisis. Cathcart se había dado cuenta de que Défago podía llegar a ser un estorbo un tanto enojoso... No era un guía tan formal y prudente como Hank... Aunque, en realidad, nada podía argumentar en su contra.

Desde la puerta de la tienda observó durante un rato a sus hombres, sin decidirse a acostarse en aquella atmósfera cargada en la que Simpson dormía ya profundamente. Hank juraba y maldecía como un negro en una cantina del Harlem neoyorquino; sin embargo bien podría decirse que sus juramentos y maldiciones resultaban afectuosos. Como el torrente de agua que se desborda al abrirse las compuertas que lo contienen, así salían ahora de aquella boca, libremente, las más ridículas imprecaciones, a la par que las más terribles blasfemias. Y es que la causa que las refrenaba –Simpson– se encontraba dormido. Hank había puesto su brazo –casi con ternura– sobre el hombro de su colega, y emparejados, caminaban juntos hacia las sombras donde apenas lucía la luz vacilante que surgía de su tienda. Un momento después, Punk siguió su ejemplo y, abandonando su lecho de ramas, se retiró también a su tienda, en dirección opuesta.

El doctor Cathcart se introdujo al fin en la suya dispuesto a dormir, pero todavía debían luchar en su mente el sueño y el cansancio con una sombría curiosidad por saber qué sería lo que tanto aterraba a Défago en aquella laguna de las Cincuenta Islas, a la que Hank hacía poco había hecho alusión, y preguntándose también por qué la presencia de Punk había impedido a éste completar su frase. El sueño le venció al fin. Y pensó, al cerrar los ojos, que al día siguiente se enteraría de todo, si Hank quería contárselo cuando caminasen tras los esquivos alces...

Reinaba un profundo silencio en el pequeño campamento, hábilmente plantado en las mismas fauces del bosque. El lago brillaba bajo las estrellas como una lámina de cristal negro. El aire helado atravesaba los cuerpos, llegando hasta los huesos y dejándolos ateridos. Y en las brisas nocturnas, que llegaban silenciosamente desde lo más profundo e intrincado de la selva, trayendo consigo mensajes de las lejanas sierras y plácidos lagos –que empezaban ya a helarse– parecían flotar las fragancias desmayadas y frías del próximo invierno. Pero los hombres blancos, duros de olfato, jamás podrían percibirlas; bastaría el olor cercano de la leña quemada para ocultarles esas insinuaciones, casi eléctricas, de otros aromas, como ese de los pantanos musgosos y turbios que llegaba desde cientos de millas... Incluso Hank y Défago, tan sutilmente ligados al alma del bosque, habrían dilatado en vano sus fosas nasales...

Una hora después, cuando todos dormían como troncos, el viejo Punk se deslizó entre sus mantas y, como una sombra, descendió hasta la orilla del lago, tan silenciosamente como sólo puede moverse el que tiene

sangre india en sus venas, sangre india, roja y pura... Alzó la cabeza y miró hacia adelante, enfrentándose a la lejanía. Las espesas tinieblas hacían inútil aguzar la vista, pero Punk, al igual que los animales, poseía otros sentidos que la oscuridad no podía mitigar. Escuchó con atención y luego olfateó el aire. Inmóvil como un abeto, permaneció unos minutos en actitud expectante. Luego volvió a levantar la cara, echando hacia atrás la cabeza, y de nuevo olfateó el aire húmedo y frío. El hormigueo de sus nervios era lo único que delataba aquella sensación que recorrió su cuerpo musculoso y nervudo, cuando al fin consiguió gustar el aire penetrante. Luego, fundiendo su figura con las tinieblas que lo rodeaban, como sólo saben hacerlo los hombres salvajes y los animales, se volvió –siempre moviéndose como una sombra– y regresó cautelosamente a su lecho, otra vez bajo las mantas.

Momentos después se durmió y el cambio de viento que él había adivinado mecía suavemente, en el lago, los reflejos de las estrellas. Llegaba desde las lejanas sierras, más allá de la laguna de las Cincuenta Islas y pasó sobre el campamento, meciendo suavemente las puntiagudas y elevadas copas de los corpulentos árboles, como un murmullo desmayado o como un suspiro delicado y tenue, difícilmente perceptible. Y, como acompañando al aura nocturna, a la brisa apenas perceptible que surgía de la lejana sierra, llegó también un vago y curioso olor, extrañamente inquietante, como un efluvio demasiado sutil, incluso, para que el agudo

instinto indio pudiese percibirlo claramente, de algo que no parecía familiar, de algo totalmente desconocido...

El franco-canadiense y el hombre de sangre india se estremecieron en sus respectivos lechos mientras dormían, agitándose inquietos, aunque ninguno de ellos llegó a despertarse... Porque ese extraño e inolvidable aroma, sutil y penetrante a un tiempo, no era más que la señal que precedía al fantasma que lo había producido, quien pasó también sobre el campamento y, sin detenerse se perdió entre las tinieblas del inmenso bosque...

A la mañana siguiente, antes del amanecer, todo era actividad en el campamento. Había caído una ligera nevada durante la noche y el aire frío parecía que cortaba. Punk se había levantado muy temprano para hacer los desayunos y el olor aromático del café y el tocino frito inundaba las tiendas. Todos estaban de buen humor.

– ¡Ha cambiado el viento, Défago! –gritó Hank con fuerza, mientras observaba cómo su colega y el señor Simpson cargaban la pequeña

canoa-. No tienes más que atravesar el lago y luego el camino. Además la nieve ayudará a descubrir fácilmente las huellas de los alces. Y si hay alguno extraviado de su manada, puede muy bien ser el hilo por el que encuentres el ovillo, sobre todo con este viento que sopla... ¡Buena suerte *monsieur* Défago! -Y añadió alegremente, con una graciosa pronunciación francesa- ¡Buena suerte!

Défago correspondió a los buenos deseos, aparentemente de mejor humor puesto que había salido ya de su hermetismo.

Antes de las ocho se había quedado solo el viejo Punk en el campamento; Cathcart y Hank estaban muy lejos, caminando hacia el Oeste, mientras la canoa que conducía a Défago y a Simpson, con la tienda de seda y comida para dos días, se veía ya -rumbo al Este- como si fuera el corcho que sirve para señalar el sitio donde se halla el cebo de la pesca en el seno del lago.

El rigor de la atmósfera invernal se iba suavizando poco a poco, a medida que el sol se elevaba en su trayecto, y casi llegó a templarse cuando la estrella que rige nuestro sistema asomó por encima de la serranía y calentó con sus rayos lujuriosos el lago y la selva. Los colimbos volaban nerviosamente, rozando con el suave plumón de sus delicados vientres el rocío brillante que levantaba la ligera brisa matutina, arremolinándolo; algunos de ellos sacudían sus pequeñas cabezas húmedas al sol y desaparecían para reaparecer de nuevo, más nerviosos y alborotadores, pian-do alegremente. El bosque virgen se alzaba hasta donde alcanzaba la vista, interminable, desolado, en su solitaria extensión y grandeza, jamás hollada por el paso del hombre, extendiendo su enorme e ininterrumpida alfombra verde hasta las heladas orillas de la Bahía del Hudson.

Simpson -que veía todo aquello por primera vez en su vida-, mientras bogaba vigorosamente con los remos de la canoa, quedó encantado de la austera belleza que los rodeaba. Su corazón se sentía inundado por ese sentimiento de libertad que sólo proporcionan los grandes espacios abiertos, y sus piernas se sentían invadidas por el frío y perfumado ambiente. Tras él, en el asiento de popa, cantando fragmentos de su tierra natal, Défago gobernaba la canoa -construida con un tronco de abedul ahuecado- y parecía, bajo su mano, como si ésta tuviera vida propia al responder sumisa y alegremente a las menores insinuaciones de su patrón. Los dos tripulantes se mostraban alegres y optimistas, porque, en tales ocasiones, los hombres suelen perder los rasgos que los hacen diferentes

y llegan a convertirse en seres humanos que trabajan al unísono para el bien común. Simpson, el señor, y Défago, el empleado, al encontrarse ahora ante las primitivas fuerzas de la naturaleza, eran simplemente dos hombres: guía y guiado. El que poseía conocimientos superiores en aquella empresa era, naturalmente, el que tomó el mando, sin discusión, y el más joven e inexperto –también sin pensarlo– adoptó de buena gana el papel de subordinado; y jamás se le ocurrió sentirse ofendido cuando Défago omitía el *señor* y se dirigía a él diciendo simplemente “Oye, Simpson” o “Simpson, patrón”, como lo hizo invariablemente hasta que llegaron a la lejana orilla, después de haber remado durante doce millas con viento de proa. Al principio Simpson sonreía al oír que Défago lo trataba con tal confianza, que él achacaba a sus cortos conocimientos de la lengua inglesa; pero luego, el habituarse al tratamiento de *canuk*, llegó a tomarlo como cosa natural, porque el estudiante de Teología era un joven de buen carácter y envidiables aptitudes personales que jamás había salido de su país natal, la pequeña Escocia, y en éste su primer viaje, en el que contemplaba por vez primera aquel paisaje grandioso, se hallaba como aturrido por la inmensidad de todo aquello que veían sus asombrados ojos. Porque no era lo mismo –según decía– haber oído hablar de los bosques primitivos, que contemplarlos con los propios ojos. Y el hecho de penetrar en ellos y de tomar contacto con su vida salvaje, era una iniciación que un hombre inteligente no podía emprender sin que se produjese un cambio radical de sus valoraciones personales, consideradas hasta aquel momento como inmutables y sagradas.

Simpson saboreó por vez primera la nueva emoción al coger en sus manos el *rifle 303* y contemplar admirado sus dos cañones relucientes e impecables. El penoso viaje de tres días de duración hasta el cuartel general –primero a través del lago y luego por tierra– fue un paso más hacia su iniciación. Y ahora que estaba a punto de rebasar los límites del desierto páramo donde estuvieron acampados, en el mismo corazón virgen de aquellas regiones deshabitadas, más vastas todavía en extensión que la propia Europa, penetró en su espíritu, furtivamente, la conciencia real de su situación, con una sensación mezcla de deleite y de espanto, en toda su intensidad... ¡Él y Défago estaban frente a una multitud o, por lo menos, frente a un Titán!

La fría magnificencia de aquellos remotos y desérticos bosques le hacía sentir más nítidamente su propia pequeñez. La áspera austeridad de las enmarañadas fragosidades –que solamente puede calificarse de despia-

dada y terrible— se revelaba a sí misma elevándose por encima de las azules selvas enmarañadas del lejano horizonte, y Simpson entendió la muda advertencia y comprendió también su propio desamparo, porque entre él y la muerte —una muerte horrible y cruel por agotamiento e inanición— sólo estaba Défago, como símbolo de una remota civilización en la que el hombre era el dueño absoluto...

Y llegó a estremecerse al observar con qué sencillez tomaba Défago la canoa sobre sus hombros y la llevaba hasta la orilla, cómo la colocaba allí, invertida, guardando debajo los remos, cuidadosamente, y cómo procedía luego a marcar los troncos de los abetos, a uno y otro lado, y a una cierta distancia uno del otro, haciéndoles una señal casi invisible, mientras decía con indiferencia: “Oye, Simpson: si me ocurriese algo encontrarás perfectamente la canoa gracias a estas marcas; ...después no tienes más que remar hacia el Oeste hacia el sol poniente, para llegar al campamento, ¿comprendes?”

Lo había mencionado como si se tratase de la cosa más natural del mundo, sin que el joven estudiante de sacerdote hubiese podido apreciar la menor inflexión en su voz; pero expresó, sin saberlo, las emociones de Simpson en aquel momento, con un lenguaje simbólico de la situación y de su propio abandono y desamparo: ¡estaba solo con Défago en ese mundo primitivo! La canoa, otro símbolo del poderío del hombre, tenía ahora que quedarse atrás, y aquellas pequeñas marcas amarillentas, hechas en las cortezas de los árboles con el hacha, eran los únicos vestigios de su paso por allí.

Echándose al hombro los paquetes repartidos entre los dos, provisto cada uno de su flamante rifle, emprendieron un penoso camino a través de la maleza, saltando sobre rocas y troncos derribados, vadeando pantanos a medio helar y rodeando los numerosos lagos que parecen adornar caprichosamente la maravillosa región boscosa, con sus orillas enturbiadas por una especie de vaho o neblina que parece emanar de su mismo seno. A eso de las cinco de la tarde se encontraron de repente en la misma linde de los grandes bosques canadienses, ante los que sólo se hallaba el obstáculo de una inmensa extensión de agua, materialmente plagada de infinidad de pequeñas islas llenas de pinos de todas las formas y tamaños imaginables dentro de su pequeñez.

— ¡La laguna de las Cincuenta Islas! —Anunció cansadamente Défago—. Ahora va justamente el sol a bañar en ella su vieja y calva cabeza —agregó con una inconsciente entonación poética—.

Inmediatamente se dispusieron a acampar para pasar la noche. En pocos minutos, aquellas toscas –pero hábiles– manos que jamás hacían más movimientos que los precisos, habían armado la tienda –tensa y confortable– y tendido las camas hechas de manojos de helechos y hojas; con la misma habilidad, encendieron luego un fuego magnífico, con el mínimo de humo, en el que podrían calentarse y cocinar la cena. Mientras el joven escocés limpiaba el pescado, cogido desde la canoa durante la travesía del lago, Défago se fue a dar una vuelta por los alrededores para tratar de encontrar, en aquella selva virgen, el rastro añorado de los alces.

– Encontraré su rastro enseguida –había asegurado–, bien puede verse en un tronco en el que se hayan restregado las astas –aseguró mientras se alejaba– o en las hojas de los arces arrancadas a dentelladas...

Su pequeña figura se perdió como una sombra más entre la tinieblas del atardecer, y Simpson observó admirado con qué facilidad era absorbido por la espesura. Unos pasos más y le perdió por completo de vista.

La maleza no era demasiado abundante en aquel lugar. Los árboles estaban bastante separados unos de otros y en los claros crecían abedules silvestres y arces, livianos y gráciles, comparados con los inmensos abetos de diferentes especies que los rodeaban. A no ser porque algunos de esos monstruos habían sido abatidos casualmente, y por los roquedales de piedra gris que aquí y allá surgían del suelo como una erupción agreste, hubiera parecido que aquel paisaje era un trozo de campiña del viejo mundo. ¡Si hasta parecía adivinarse la mano del hombre! Un poco a la derecha empezaba el gran área de terreno quemado, de varias millas de extensión, el *brulé* –como se le conoce en realidad–, que proclamaba su verdadero espíritu anunciando que los incendios del año anterior habían arrasado todo lo que estuvo al alcance de las llamas durante semanas y semanas, los renegridos tocones aparecían por doquier flacos, desgarrados y feos, despojados de sus ramas abrasadas como gigantes fosforos todavía clavados en el terreno, tan salvaje y desolado que no hay palabras para describirlo, en el que todavía persistía el olor tenue y acre de carbón vegetal y las cenizas mojadas por la lluvia.

La oscuridad aumentaba rápidamente, devorándolo todo; el crepitar del fuego y el chapoteo de las pequeñas olas del lago en las orillas rocosas eran los únicos sonidos audibles. El viento había amainado al ponerse el sol y todo era quietud en el vasto mundo de hojas y ramas. Y por un instante, pareció que los dioses de los bosques –a los que se rinde culto

con el silencio y la soledad— iban a dibujar sus enormes y terroríficas siluetas entre los árboles. Enfrente, a través de esa especie de soportales que forman los rectos pilares de los enormes troncos, se extendía la laguna de las Cincuenta Islas, una masa de agua en forma de media luna, de unas quince millas de orilla a orilla y a unas cinco del lugar donde habían acampado. Un cielo de color rosa y azafranado, más claro y diáfano que cualquier otra atmósfera que jamás viera Simpson, parecía rociar con sus pálidas estrellas fugaces las olas del lago, en el que las islas —un centenar, mejor que cincuenta— flotaban como naves mágicas de una flota encantada, pobladas de pinos cuyas crestas adornaban más delicadamente el contorno del cielo, dotadas de un movimiento ascendente a medida que la luz iba desapareciendo, como si estuviesen a punto de levar anclas para zarpar y navegar por las rutas celestiales, en lugar de hacerlo por los arroyos de su nativo y desolado lago. Y los jirones de nubes coloreadas —como pendones flameantes— anunciaban a las estrellas su próxima salida.

La belleza de la escena era extrañamente edificante. Simpson ahumaba el pescado y se quemaba los dedos cuando intentaba probarlo al atender al mismo tiempo la sartén y el fuego. Sin embargo, en el revés de sus pensamientos surgía ese otro aspecto del desierto: la indiferencia por la vida humana, el despiadado espíritu de desolación que no se preocupaba para nada del hombre. Y la sensación de su extrema soledad, ahora que incluso Défago se había marchado llegó a ser tan premiosa que miró a en torno suyo para ver si oía los pasos de su compañero al regresar a su lado. Había un cierto placer en aquella sensación, pero iba unido a una alarma perfectamente comprensible. Instintivamente le asaltó el pensamiento: “¿Qué haría yo, o qué podría hacer, si le ocurriese algo y no regresase?”

Disfrutaron de su bien ganada cena, devorando enormes cantidades de pescado y trasegando té sin leche, lo suficientemente fuerte como para hacer matado a quien no hubiese cubierto treinta millas de dura marcha, comiendo apenas por el camino. Cuando terminaron de comer, se pusieron a fumar y se contaron mutuamente historias alrededor de la hoguera, riendo, estirando los miembros cansados y ateridos, y discutiendo planes para el día siguiente. Défago se encontraba de excelente humor, aunque algo desilusionado por no haber descubierto ninguna señal de los alces; resultaba que estaba muy oscuro cuando salió y no se había alejado demasiado. Además el *brulé* era un terreno muy malo —Défago tenía

la ropa y las manos todas tiznadas de carbón vegetal-. Simpson lo miró atentamente y comprobó una vez más, con renovada intensidad, lo desesperado de su situación: ¡solos en medio de la inmensidad!

- Défago -dijo-, estos bosques son demasiado extensos para que uno pueda sentirse como en su propia casa, para sentirse cómodo..., en fin, tú ya sabes lo que quiero decir, ¿eh?

Y ni siquiera tenía entonces la expresión propia del momento, pues el joven estaba poco preparado para la gravedad -ni para la solemnidad siquiera- con que el guía le replicó, fijando la escrutadora mirada de sus negros ojos en su cara:

- Tienes razón, patrón, y es verdad..., es verdad. No tienen fin..., son interminables... -Luego añadió en voz tan baja que parecía que hablaba consigo mismo-. Hay muchos que se encontraron con eso, y... ¡fueron destruidos para siempre!

Pero la seriedad de los modales del guía no fue del agrado de Simpson: la encontraba demasiado sugestiva para la puesta en escena actual, y lamentaba profundamente haber tocado el asunto. Recordaba que su tío le había dicho que, a veces, se sentían los hombres atacados por la extraña fiebre del desierto, y la seducción de las inmensas regiones deshabitadas los alcanzaba tan ferozmente, que ellos seguían adelante -entre fascinados y alucinados-, acudiendo a la cita con una muerte cierta... Y le asaltó la repentina idea de que su acompañante sentía una cierta simpatía por esas sensaciones extrañas. Entonces llevó la conversación por otros derroteros y habló de Hank y del doctor, así como de la natural rivalidad entre ellos; imaginando quién sería el primero que tendría la fortuna de ver un alce.

- Si ellos se fueron hacia el oeste -advirtió Défago negligentemente- nos separan ahora unas sesenta millas, por lo menos. A medio camino entre ellos y nosotros, el viejo Punk estará llenándose la tripa de pescado y café...

Rieron juntos del cuadro dibujado, pero la mención casual de las sesenta millas llevó de nuevo a Simpson a considerar las enormes distancias con que se tropieza uno, en este país al que habían venido a cazar... Sesenta millas no eran más que un paso y doscientas serían muy poco más... Ante su vista, como en una sucesión de imágenes, aparecían ahora de forma persistente -forjadas en su mente por el recuerdo- historias, relatos y narraciones de cazadores perdidos. La pasión y el misterio de los

vagabundos y sin hogar, seducidos por la belleza de las grandes extensiones desérticas y salvajes, arrastraban su alma por un camino demasiado intenso y vehemente para ser agradable. Y se preguntó si sería el gesto de su acompañante lo que le invitaba a aquella inoportuna sensación con tal insistencia.

– Canta alguna canción, Défago, si no estás demasiado cansado –rogó Simpson–. Una de esas viejas canciones del *voyageur* que cantabas la otra noche.

Ofreció su bolsa de tabaco al guía y luego llenó su pipa, mientras el canadiense, nada reacio a la petición, por cierto, lanzó el chorro de su voz hacia el lago, entonando una de esas canciones lloronas y melancólicas con que los leñadores y los laceros tratan de aliviar el rigor de su penoso trabajo. Tenía un sabor romántico y sentimental, que evocaba el ambiente de la época de los viejos exploradores, cuando indios y desierto se sentían estrechamente unidos entre sí. Entonces los combates eran frecuentes y el viejo mundo estaba mucho más alejado de lo que ahora está. La canción vagó sobre el agua y llegó hasta la otra orilla del lago donde el profundo bosque, al otro lado, pareció tragársela de un sólo golpe, sin permitir ni ecos ni la resonancias.

Estaba Défago por la mitad del tercer verso cuando Simpson observó en él algo inusitado, algo que hizo viajar hacia atrás, en el tiempo, sus pensamientos –como un torbellino– a una época muy distante. La voz del guía había sufrido un curioso cambio y antes de saber siquiera en qué consistía, inquieto, se puso a observar con premura lo que estaba ocurriendo: Défago seguía cantando, pero su entrecejo se había fruncido para atisbar agudamente a su alrededor, como si hubiese oído o visto algo. Su voz se fue debilitando poco a poco hasta llegar a convertirse en un susurro y cesar luego de golpe. En aquel instante se puso en pie de un salto, con un asombroso respingo y ... “olisqueando el aire”. Del mismo modo que un perro husmea la caza, el *canuck* aspiraba el aire por las ventanas de la nariz, entrecortadamente, a intervalos, girando la cabeza en todas direcciones mientras lo hacía, y señalando finalmente hacia la orilla oriental del lago. Era un espectáculo desagradablemente sugestivo y singularmente dramático. El corazón de Simpson comenzó a latir muy agitado, al contemplarlo.

– ¡Hombre, por Dios! –exclamó, ya de pie, detrás del guía, oteando también sobre sus hombros hacia el mar de tinieblas–. ¡Me has sobresaltado! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Te has asustado...?

Antes de que la pregunta hubiese salido de su boca, Simpson se había dado cuenta de que era una auténtica necesidad porque cualquiera que tuviese un par de ojos en la cara podría ver claramente que el canadiense se había puesto pálido como un muerto, hasta tal punto que ni el color de su piel quemada por el aire y el sol, ni el rojo resplandor del fuego en la hoguera, eran suficientes para ocultarlo.

El estudiante sintió que él también se estremecía y que sus piernas parecían haberse debilitado temblándole involuntariamente.

– ¿Qué ha ocurrido? –repitió impaciente–. ¿Has olisqueado a los alces? ¿O... algo misterioso, algo... malo? –Y bajó la voz instintivamente–.

El bosque se apretaba alrededor como una muralla, los troncos de los árboles más próximos, iluminados por la hoguera, parecían hechos de bronce y un poco más allá, a unos pasos apenas de donde se encontraban, comenzaban las tinieblas de una noche más negra que el abismo y en ellas, un silencio de muerte...

Justamente detrás de ellos, algo semejante a una ráfaga de aire, suave e imprecisa, produjo un remolino y levantó una hoja –una sola– alzándola levemente, como si hubiera querido contemplarla, y luego la volvió a dejar en el suelo, sin perturbar la calma del resto de la hojarasca. Fue como si un millón de causas invisibles se hubiesen unido para producir precisamente aquel efecto óptico tan singular. Otro ser había hecho latir su vida allí al lado, cerca de ellos... y luego se había marchado.

Défago se volvió bruscamente; el lívido color de su tez se había vuelto de un tono gris sucio.

– Nunca he dicho que haya oído..., ni olido... nada –dijo de forma calmada y enfática, con una voz singular y alterada en la que se adivinaba claramente la desconfianza–. Sólo estaba.... tratando de echar un vistazo... por decirlo así. Es un error ser tan precipitado en las preguntas...

Luego añadió, haciendo un desesperado esfuerzo para recobrar su tono natural de voz:

– ¿Tienes las cerillas, patrón Simpson?

Y procedió a encender su pipa, operación que había realizado a medias un poco antes de comenzar a cantar.

No hablaron una sola palabra más y se sentaron otra vez cerca del fuego, aunque Défago se cambió de sitio para poder mirar en la dirección de donde venía el viento. Hasta un inexperto podía comprenderlo: Défago

había cambiado de posición para poder oír y para poder oler, ¡todo iba a ser oído y olido! Y desde el momento en que se colocó mirando al lago, con la espalda vuelta hacia los árboles, resultaba evidente que no había nada en el bosque que hubiese enviado tan extraño y repentino mensaje a su sistema nervioso, maravillosamente adiestrado.

– No voy a cantar más –dijo con decisión–, porque esas canciones infantiles despiertan en mí vagos recuerdos que perturban mi alma... ¡nunca debí haber comenzado! Me hacen imaginar cosas extrañas, ¿sabes?

Se percibía claramente que aquel hombre continuaba luchando con una emoción profundamente tierna. Deseaba excusarse ante los ojos del otro, pero la explicación –parcialmente cierta– era falsa, y él se daba perfecta cuenta de que no había conseguido engañar a Simpson, porque no había nada capaz de explicar el frío terror que había aparecido en su rostro mientras olfateaba el aire. Nada consiguió que el campamento volviese a ser el mismo de antes: ni el hecho de que Défago se pusiera a atizar el fuego, ni el de que ambos comenzaran a charlar de cosas vulgares pretendiendo apartar la intuición de lo que acababa de ocurrir. La sombra de un horror desconocido, no menos evidente por insospechado, que había encendido por un instante la faz y las facciones del guía, se había transmitido también –vaga, pero enérgicamente– a su compañero. Los visibles esfuerzos del *canuck* por enmascarar la verdad sólo consiguieron poner peor las cosas. Añadida a la inquietud del joven escocés fue la dificultad, más aún la imposibilidad, de hacer preguntas, y también su completa ignorancia de la causa. Indios, animales salvajes, bosques incendiados espontáneamente, todo ello –lo sabía– estaba fuera de cualquier pregunta. Su imaginación buscaba afanosamente, ¡pero todo era inútil!

De un modo o de otro, y después de pasar un largo rato fumando, charlando y tostándose juntos ante el fuego abrasador de la hoguera, la sombra que había invadido subrepticamente el pacífico campamento comenzó a disiparse. Tal vez fueron los esfuerzos de Défago o el retorno a su tranquila y normal actitud los que lo lograron; o tal vez el mismo Simpson había exagerado desproporcionadamente el asunto, apartándolo de la realidad, y hasta podía ser que el prodigioso aire del desierto blanco tuviese virtudes curativas propias; fuera cual fuere la causa, el hecho fue que la sensación de un horror inmediato parecía haber desaparecido tan misteriosamente como había llegado, por no existir ninguna circunstancia que la alimentase. Simpson empezó a darse cuenta de que se había asustado tan irrazonablemente como un niño y pensó –para convencerse

a sí mismo, tal vez— que muy bien podía haber provocado la situación, en parte, la excitación inconsciente que aquel inmenso escenario salvaje engendraba en su sangre, y además, el cansancio y la fatiga causados por la agotadora marcha. Aquella palidez de la cara del guía era, por supuesto, muy difícil de explicar, pero podía ser debida a un efecto de luz de la propia hoguera, o incluso a su propia imaginación. Simpson contaba siempre con la ventaja de la duda: él era escocés.

Cuando una emoción inusitada ha desaparecido, el ánimo siempre encuentra un montón de razones para explicar sus causas. Simpson encendió su última pipa y trató de reírse de sí mismo. Cuando volviese a Escocia, tendría una interesante historia que contar —pensó— sin darse cuenta de que su risa no era más que un síntoma del terror que permanecía al acecho en lo más recóndito de su ser, un síntoma común y corriente en un hombre que está seriamente alarmado y trata de convencerse a sí mismo de que no lo está.

Pero cuando Défago oyó la risa de Simpson contempló sorprendido su rostro. Se hallaban los dos, uno al lado del otro, pisando las brasas de la hoguera, para apagarlas, antes de irse a dormir. Eran las diez, demasiado tarde para unos cazadores que tienen que madrugar.

— ¿De qué te ríes? —pregunto Défago con su habitual tono de voz, aunque seriamente—.

— Estaba..., estaba pensando en los pequeños bosques de juguete de mi país... — tartamudeó Simpson, volviendo a lo que realmente dominaba su mente, sobrecogido por la inesperada pregunta del guía—. .. y comparándolos con..., con todo esto. —Y con su brazo extendido, girándolo alrededor, abarcó la selva virgen—.

Siguió una pausa en la que ninguno se atrevió a romper el silencio. Al fin agregó Défago, mirando sobre el hombro de Simpson hacia las tinieblas:

— Pues yo en tu caso no me reiría... Hay lugares que son inescrutables..., nadie puede ver dentro de ellos, nadie sabe qué vidas palpitan en su interior...

— ¿Demasiado grandes..., demasiado lejanos..?

La sugestiva actitud del guía resultaba inconmensurable y terrible. Défago negó con la cabeza. La expresión de su rostro era sombría porque él también se sentía inquieto. El joven escocés comprendía claramente que en una zona interior de tal extensión tenía que haber, no ya

lugarse recónditos, sino profundidades enteras en las que jamás en la vida del mundo lograría entrar el hombre. Un pensamiento que no se podía decir que fuese reconfortante, dadas las circunstancias, y expresado en voz alta, animadamente, sugirió que ya era hora de irse a acostar; pero el guía parecía querer demorar ese momento y jugueteaba con los recuerdos de la hoguera, arreglando innecesariamente las piedras y haciendo otras cosas que no venían a cuento. No había duda que estaba tratando de decir algo y le costaba trabajo arrancar.

– Oye, patrón Simpson –empezó de repente, cuando la última lluvia de chispas se apagó en el aire–, ¿tú no hueles nada..., nada suavemente penetrante, quiero decir?

La pregunta vulgar ocultaba un pensamiento espantosamente serio. Simpson así lo comprendió y un escalofrío recorrió su columna vertebral.

– Lo único que huelo es la leña quemada –replicó con firmeza, pisoteando de nuevo las brasas, casi apagadas. El ruido de su propio pie le sobresaltó–.

– ¿Y en toda la noche tampoco has olido... nada? –insistió el guía, mirándole de forma dura a través de la oscuridad–. ¿No has olido nada extraordinario y diferente a cualquier otro olor?

– ¡No, hombre, no; no he olido absolutamente nada! –replicó Simpson alterado y malhumorado, casi iracundo.

El rostro de Défago se iluminó.

– ¡Está bien! –exclamó aliviado–. ¡Qué hermoso es oír eso!

– ¿Has olido algo? –preguntó Simpson con avidez, y en el mismo instante lamentó haber hecho la pregunta–.

El canadiense se le acercó más en la oscuridad, sacudiendo la cabeza y diciendo, aunque sin demasiada convicción:

– Debe haber sido aquella canción mía... En los campamentos de los leñadores y madereros, y en otros lugares dejados de la mano de Dios cantan esa canción cuando temen que el *wendigo* ande rondando por allí, dando un rápido paseo...

– ¿Y qué es el *wendigo*, por favor? –pregunto Simpson rápidamente, irritado porque no había podido evitar un nuevo estremecimiento nervioso. Sabía que estaba a punto de averiguar la causa que aterrorizaba a Défago, pero una apasionada curiosidad dominaba su sensatez... y su temor–.

Défago se volvió y lo miró como si de pronto fuese a dar un grito. Sus ojos brillaban y su boca estaba entreabierta; pero todo lo que dijo –o más bien, murmuró, porque su voz era apenas un suspiro– fue:

– No es nada..., nada más que lo que creen esos miserables leñadores cuando han empinado el codo demasiado..., una especie de enorme animal que vive allá lejos –y señaló con su cabeza hacia el Norte–, rápido como el relámpago en sus apariciones, más grande que todo lo que hay en el bosque, y muy peligroso cuando se le mira... ¡eso es todo!

– ¡Bah! –contestó Simpson–. Una superstición de los bosques –y se fue rápidamente hacia la tienda tratando de sacudirse la mano del guía, que le atenazaba el brazo–. ¡Ven, date prisa, por Dios, y de paso, tráete el farol! Ya es hora de que nos acostemos y nos echemos a dormir, si hemos de levantarnos mañana con el sol...

El *canuck* le seguía pisándole los talones.

–Ya voy –contestó desde la oscuridad–, ya voy...

Después de un rato apareció con el farol en la mano y lo se acercó para colgarlo de un clavo en la percha frontal de la tienda. Las sombras de los árboles cambiaron de sitio mientras el guía acercaba el farol, y, cuando tropezó con la cuerda, toda la tienda tembló como si una fuerte ráfaga de aire la hubiese agitado.

Ambos se echaron, sin desnudarse, sobre las suaves camas de ramas y helechos preparadas por el guía. Dentro de la tienda, la atmósfera era cálida y confortable; pero fuera, el universo de los árboles se apretaba alrededor, con sus millones de sombras perfectamente ordenadas, y disciplinadas, intentando asfixiar a la pequeña tienda que estaba allí como una conchita blanca frente al océano de la selva indómita.

Entre los dos hombres que se guarecían en el interior de la tienda pesaba una sombra, que no era, precisamente, una sombra nocturna. Era la sombra producida por el miedo, un miedo extraño, nunca totalmente exorcizado, que había saltado sobre Défago mientras cantaba. Y Simpson, tendido en su cama, vigilando la oscuridad a través de la lona entreabierta de la tienda, dispuesto a sumergirse en el insinuante abismo del sueño, conoció por primera vez esa única y profunda calma de un bosque primitivo cuando no sopla el viento y cuando la noche pesa y tiene también un alma que entra en la nuestra, envolviéndola.

Luego el sueño le venció...

Así se lo pareció a él, al menos. Sin embargo, cuando las olas del lago, al otro lado de la portezuela de lona de la tienda, parecieron latir acompasadamente –como si midiesen el tiempo–, fue cuando se dio cuenta de que estaba echado en la cama con los ojos abiertos y sintió que otro sonido se acababa de introducir, con astuta suavidad, entre el chapoteo y el murmullo de las olas. Mucho antes de que comprendiese lo que significaba el sonido, éste había excitado sus centros nerviosos de piedad y alarma.

Escuchó atentamente –en vano al principio, porque su corriente sanguínea, muy agitada, latía con fuerza en sus oídos impidiéndole percibir cualquier otro sonido–, y cuando al fin pudo oírlo, aunque vagamente, se preguntó si procedía del lago o de los bosques.

Con una agitación inusitada intuyó que estaba allí cerca, a su lado, en la tienda... ; y cuando se volvió para oírlo mejor, lo descubrió, inconfundiblemente, a menos de dos pies de distancia. Era como si alguien sollozase... Défago, sobre su cama de ramas, lloraba en la oscuridad como si su corazón se hubiese partido en dos.

Antes de que pudiese pensar o reflexionar, su primer sentimiento fue un arrebató de lánguida ternura. Aquel sonido humano, escuchado en la desolación que los rodeaba, despertó sus más profundos sentimientos. Resultaba incongruente. ¡Lágrimas en aquel vasto y cruel desierto! ¿Por qué? ¿Quién iba a consolarlo? Pensó en un niño de corta edad llorando en medio del océano y luego, aunque sin poder precisar cuándo comenzó, el terror le invadió también a él y la sangre se heló en sus venas.

– ¡Défago! –llamó apresuradamente, en un susurro– ¿Qué te ocurre? –Procuró que su voz fuese muy suave–. ¿Te duele algo... estás triste..?

No obtuvo ninguna respuesta y el sollozo cesó bruscamente. Lo tocó: el cuerpo no se movía en absoluto; entonces se le ocurrió que Défago podía llorar en sueños y preguntó: “¿Estás despierto?” Y, al observar que sus pies descalzos salían al exterior por debajo del borde de lona de la tienda, dijo: “¿Tienes frío?”, y echó sobre él una de sus propias mantas, tapándolo y cubriéndole los pies. Se había deslizado del lecho y parecía que las ramas que le servían de colchón, habían sido arrastradas con él por el suelo, tal era el desorden que presentaban. Tuvo miedo de moverlo para colocarlo bien, por temor a despertarlo.

Aventuró una o dos preguntas más, siempre en tono muy suave, y aunque esperó algunos minutos, no obtuvo respuesta, ni el guía hizo el menor

movimiento. Por fin volvió a escuchar su tranquila respiración y cuando, al fin, Simpson colocó su mano sobre el pecho de Défago, sintió cómo éste subía y bajaba acompasadamente sin muestras de la menor agitación.

— Dime si te ocurre algo malo —susurró de nuevo— o si puedo hacer algo por ti... Despiértame si te sientes mal, si notas algo extraño...

Apenas sabía qué decir. Se acostó de nuevo pensando qué significaría todo aquello. No cabía duda de que Défago había estado llorando mientras dormía: quizás afligido por alguna pesadilla... Pero nunca en la vida podría olvidar aquellos sollozos en la espantosa soledad de los bosques...

El recuerdo de los recientes acontecimientos ocupó su mente durante bastante tiempo, y era esto lo que parecía ser más misterioso. Su razón rebatía, una a una, todas las sugerencias inoportunas que forjaba su mente, pero siempre quedaba una cierta sensación de inquietud que se resistía a ser expulsada, tan profunda y singular que parecía incomprensible...

El sueño es al fin y al cabo, la mayor de las emociones y muy pronto comenzaron los pensamientos —bajo su influjo— a vagar de nuevo: allí estaba, tendido en el camastro, en una atmósfera caldeada y grata, excesivamente cansado, mientras la noche —placentera y comfortable— suavizaba las asperezas de la alarma y el recuerdo. Media hora más tarde ya se había olvidado de todo ello.

Sin embargo habría de ser el sueño su mayor enemigo, ocultándole intuiciones, embotando las advertencias de su sistema nervioso. De la misma forma que durante una pesadilla, se precipitan unos hechos a continuación de otros, atropelladamente, y con una sensación de espantoso realismo, hasta que algún detalle descubre al fin su inconsistencia e irrealidad, así los acontecimientos que siguieron demostraron claramente que el detalle que podía haberles dado una explicación lógica, se había visto envuelto en la confusión general del momento y de ahí que, aunque fueran reales en parte, el resto resultó una pura ilusión. En el fondo de aquella mente dormida, algo permanecía despierto, dispuesto a dictar: "todo ello no es completamente real; cuando despiertes lo comprenderás". Y eso era lo que le ocurría a Simpson.

Los acontecimientos, en parte inexplicables, e increíbles en sí mismos, dejaban sin embargo, en él —que los había presenciado y oído— como una sensación de horribles hechos aislados, posiblemente conectados entre sí, porque la pieza fundamental que podía haber completado el rompecabezas, permanecía oculta o se le había pasado por alto.

Lo primero que quedó impreso en su mente como una sensación de autenticidad plena fue una violenta agitación en el interior de la tienda, como de algo que se movía hacia la puerta y que le despertó bruscamente, observando en seguida que su compañero se había incorporado, sentándose en su lecho. Debían haber transcurrido muchas horas, pues el pálido resplandor de la aurora se adivinaba a través de la lona. Défago no lloraba ya, pero temblaba como una hoja, de arriba abajo, arrebujaado en su manta, como si un terrible escalofrío hubiese atenazado todo su cuerpo, que se estremecía visiblemente; se había acercado a la cama de Simpson, buscando su protección, y allí estaba, encogido y temblando de miedo a causa de algún oculto peligro que debía hallarse cerca de la puerta de la tienda, porque hacia allí se dirigían sus ojos inquietos.

Simpson le hizo algunas preguntas en alta voz —en el aturdimiento de su reciente despertar no recordaba exactamente cuáles—, a las que no obtuvo respuesta. La sensación de haber vivido una terrible pesadilla flotaba en el ambiente, haciendo muy difícil todo movimiento y articulación de palabra. Tanto es así que, al principio, ni siquiera sabía con seguridad si se hallaba en uno de los primitivos campamentos de los primeros exploradores o en su cama, en su casa de Aberdeen. La sensación de confusión resultaba turbadora.

Casi simultáneamente, la profunda calma del amanecer fue rota de forma brusca por un sonido inaudito que llegó inesperadamente del exterior, un sonido horrible que sobrecogió a los dos cazadores, infundiéndoles un terror indescriptible. Era como una voz, una voz posiblemente humana, recia, pero quejumbrosa y, al mismo tiempo, suave y estruendosa, que parecía provenir de muy cerca de la tienda, casi al lado de la puerta, como si llegase de lo alto y no desde el nivel del suelo; surgía con un inmenso volumen y resultaba extrañamente penetrante y seductoramente dulce. Al articularse el sonido, sonó como tres gritos separados, de notas diferentes, que tenían cierta semejanza, lejana y extraña, pero reconocible, con las tres sílabas que componían el apellido del guía: «¡Dé... fa... go...!»

El estudiante admitió más tarde que era totalmente incapaz de describirlo inteligentemente, porque aquel sonido no se parecía en absoluto a ningún otro hasta entonces escuchado, y en él se combinaba una mezcla de calidades totalmente opuestas. Simpson lo describiría como «una especie de quejido lastimero y ululante, como el que produce el mismo viento cuando marcha entre calles en las crudas noches del gélido invierno, algo único e incomparable, indómito y salvaje, de una fuerza expresiva que resultaba abominable».

Antes de que se extinguiese su último eco, volviendo al inmenso abismo del silencio absoluto, el *canuck* se había sobresaltado y, como respondiendo a aquella llamada infinita, se irguió sobre sus pies y contestó con un grito ininteligible, precipitándose violentamente contra la pértiga que sostenía la tienda, haciendo estremecer la estructura; luego extendió sus brazos como si pretendiese empujar la lona hacia fuera, y procedió a golpearse frenéticamente las piernas, libres ya de la manta en la que se había arrebujado para protegerse del frío y del miedo. Se dirigió luego a la puerta y se detuvo allí unos instantes, destacando su silueta negra sobre la palidez del alba, y, sin que Simpson pudiese hacer nada para detenerlo, se precipitó por ella a toda velocidad, arrastrando a su paso la faldilla de lona que la cerraba. Salió de la tienda tan precipitadamente que, en su loca carrera, su voz fue perdiéndose en la lejanía, como un eco que se extingue, hasta desaparecer por completo, volviendo a abatirse sobre el bosque inmenso el profundo silencio del amanecer. Aquel grito que brotó de la garganta del *canuck* –en un tono de angustioso terror y con algo de frenético deleite–, ininteligible en su forma y significado, había sido:

– ¡Mis pies son de fuego, mis ardientes pies son de fuego! ¡Qué fantástica velocidad!

Había ocurrido todo con tal rapidez, que de no haber sido por la evidencia física de la cama vacía, allí a su lado, Simpson habría llegado a creer que todo había sido el recuerdo imborrable de una espantosa pesadilla que persistía en el estado de vigilia. Sentía todavía en el interior de la tienda el calor del cuerpo de su compañero que se acababa de desvanecer, allí estaban las mantas revueltas, en un montón, y la misma tienda todavía temblaba por la violencia de la impetuosa huida. Las extrañas palabras zumbaban aún en sus oídos, como si se oyese todavía a través de la distancia, y eran como el lenguaje descabellado y extraño del que se vuelve loco de repente. No eran solamente los sentidos de la vista y del oído los que hacían percibir al cerebro sensaciones extrañas, pues desde el momento en que Défago se puso a gritar y a correr, se extendió por el interior de la tienda un raro perfume suave y penetrante, y fue en aquel instante –al percibir que sus fosas nasales llevaban aquel extraño olor a la garganta– cuando Simpson recobró su valor y salió al exterior.

La luz apagada del amanecer, fría y vacilante, se filtraba a través de los árboles y le alumbraba. Allí estaba la tienda, Tras él, húmeda por el rocío caído; las grises cenizas de la hoguera, calientes todavía; el lago, oculto bajo una blanca capa de niebla, emergiendo de ella las islas oscu-

ras, como si fueran objetos envueltos en algodón; más allá, manchas de nieve en los claros del bosque, frío, tranquilo, esperando al sol. Pero ni el menor indicio del guía desaparecido, quien, sin duda, todavía corría a una velocidad desenfrenada por los helados bosques, sin que se escuchara tampoco el ruido de sus pasos al alejarse en aquella frenética carrera, ni el eco de su voz perdiéndose en la lejanía. Se había desvanecido totalmente. No quedaba nada, nada, sino la sensación de su reciente presencia, de la que estaba tan profusamente impreso el campamento, y aquel penetrante olor que lo invadía todo, aunque, poco a poco, iba desapareciendo.

A pesar de su intensa turbación, Simpson luchaba denodadamente por desentrañar la naturaleza del aroma y definirlo, pero el descubrimiento de una escena engañosa y furtiva, irreconocible en el subconsciente, es una operación demasiado sutil para la mente humana, y fracasó en su intento. La sensación se extinguió por completo antes de que pudiera captarla, o darle algún nombre, porque hasta una descripción aproximada resultaba dificultosa al no haber ningún olor que fuese comparable al que trataba de desentrañar. Era más bien acre, no muy diferente al olor del león, aunque más suave y no tan desagradable, también había en él cierta dulzura, que recordaba el aroma de los pétalos caídos en un jardín, el de la tierra y el de esa multitud de aromas –perfumes sin nombre– que componen lo que podría llamarse el olor de la selva virgen. Aunque Simpson lo resumió en una sola frase: “olor a leones”.

Poco después el aroma desapareció definitivamente y el joven estudiante se encontró a sí mismo cerca del rescoldo del fuego, en un estado tal de aturdimiento y estúpido terror que dejó en él la impresión de que algo iba a ocurrir. Si en aquel momento hubiese aparecido sobre una roca un oso, husmeando con su hocico, o una ardilla horadando nerviosamente la corteza de un árbol, se habría desplomado sin lanzar un solo grito, desvanecido por el terror que le embargaba. Porque flotaba en el ambiente una especie de corazonada de que allí reinaba el Gran Horror, cuyo poder se extendía sin dar tiempo siquiera a adoptar una actitud definida de auto-defensa.

Sin embargo, no ocurrió nada. Una ráfaga de viento pasó suavemente a través de la espesura que acababa de despertar por completo, y unas cuantas hojas de arce cayeron al suelo aquí y allá. El cielo se volvió mucho más claro y Simpson sintió que el aire frío besaba sus mejillas y acariciaba su desnuda cabeza, produciéndole un estremecimiento. Haciendo

un gran esfuerzo, comprendió también que se encontraba solo –completamente solo– en el bosque virgen, y que acababa de recibir el aviso para que diera los pasos oportunos e inmediatos para socorrer a su desaparecido compañero.

Realizó el gran esfuerzo que le pedía, pero resultó mal calculado y vano. Con la aspereza y salvaje presencia de los árboles, con la hoja cortante de agua detrás de él y aquel grito salvaje de horror en la sangre, Simpson hizo lo que cualquier otro hombre inexperto hubiese hecho en parecidas circunstancias: corrió sin sentido ni dirección, como un niño loco y errático, pronunciando en voz alta, sin descanso, el nombre del guía:

– ¡Défago!, ¡Défago!, ¡Défago! –vociferó, y los árboles le devolvieron el nombre tantas veces como lo pronunció, aunque algo más suave: «¡Défago!, ¡Défago!, ¡Défago!»–.

Siguió la pista de su perdido compañero observando sus huellas en las cercanas manchas de nieve, pero pronto la perdió, porque los árboles crecían demasiado juntos para que la nieve pudiera caer entre ellos. Gritó hasta enronquecer, hasta que el sonido de su propia voz –sin encontrar eco en aquel despoblado mundo– llegó a aterrorizarlo. Su angustia crecía hasta hacerse insoportable, y cuando comprendió que sus esfuerzos resultaban baldíos y empezó a sentirse agotado, regresó de nuevo al campamento. Creyó que nunca iba a encontrar el camino, y si lo halló fue sólo después de vencer grandes dificultades y tras haber seguido innumerables pistas falsas. Al fin pudo ver ante sus ojos la tiendecita blanca entre los árboles y llegar a ella felizmente.

Se encontraba exhausto y fue éste el mejor remedio, pues gracias a ello, se tranquilizó, poco a poco. Encendió el fuego y luego se hizo el desayuno. El café caliente y el tocino llevaron algo de buen sentido y de juicio a su mente, y entonces comprendió que se había comportado como un chiquillo, por lo que realizó otro intento, para afrontar la situación, viniendo en su ayuda su fuerte naturaleza, que le decidió a buscar el camino de regreso al campamento inicial, de donde partiera para realizar aquella desafortunada expedición con Défago, con objeto de traer auxilios. Y así lo hizo. Tomó alimentos, cerillas, su rifle y un pequeño hacha para señalar los árboles –para su camino de regreso–, y se puso en movimiento. Eran las ocho cuando partió; el sol brillaba ya sobre la copas de los árboles en un cielo sin nubes. Clavada en una estaca, cerca del fuego, dejó una nota por si Défago volvía mientras él se hallaba fuera.

Esta vez, con un cuidadoso plan, tomó una nueva dirección, describiendo una gran curva, que tarde o temprano cortaría la pista que antes había seguido con el guía. Y antes de haber recorrido un cuarto de milla, encontró las huellas de un animal de gran tamaño, muy visibles en la nieve, al lado de las cuales se distinguían claramente otras más pequeñas y livianas de un ser humano; sin lugar a dudas las huellas de Défago. El alivio que experimentó Simpson era natural, pero duró muy poco, porque, desde el primer momento, vio en aquellas marcas la explicación de todo; las huellas de gran tamaño pertenecían, con toda seguridad, a un alce macho gigantesco que, con el viento en contra, se debía haber extraviado de su manada, llegando despistado hasta el campamento y lanzando su singular grito de alarma al darse cuenta de su error. Défago, en quien estaba tan desarrollado el instinto de la caza, había venteado a la bestia, gracias al viento favorable para él y de ahí que su excitación y su desaparición posterior fuesen debidas a... a su...

La imposible explicación a que se había aferrado, dictaba por el sentido común, le mostraba cruelmente que nada de lo que suponía tenía el menor viso de realidad... Ningún guía –y mucho menos Défago– podía haber actuado de una manera tan irracional. “¡Si hasta se había marchado sin su rifle..! Todo aquel asunto exigía una interpretación mucho menos sencilla, si se tenían en cuenta todos sus detalles: el espantoso grito de terror, el incomprensible lenguaje, el gesto de horror de aquel pálido rostro del guía cuando sus fosas nasales percibieron por vez primera el nuevo olor, aquellos sollozos ahogados en la oscuridad y –también vino vagamente a su memoria– la aversión original de Défago por este rincón particular de la comarca...

Además, ahora que examinaba más de cerca aquellas huellas, acababa de darse cuenta de que ¡no eran de alce! Hank había explicado a Simpson la forma de las huellas que producen las pezuñas anguladas de los alces machos, de las hembras y de los de corta edad; se las había dibujado todas ellas en un trozo de corteza de abedul. Y éstas eran completamente diferentes a cualquiera de aquéllas: eran enormes redondas, anchas, con un contorno romo, sin agudeza alguna que rompiera su rotunda continuidad. Pensó un momento si las huellas de los osos serían como éstas, pero desechó la idea, y no había otra especie de animales en la que poder pensar, pues los caribúes no bajan tan al sur en esta estación y, aunque lo hicieran, sus huellas serían de pezuñas y no como las señales que Simpson acababa de descubrir. Eran unas marcas siniestras –aque-

llas huellas que había dejado impresas en la nieve aquel desconocido y extraño animal, capaz de atraer hacia sí a un ser humano, llevándoselo consigo—. Cuando el estudiante logró acoplarlas en su imaginación con aquel grito salvaje y fascinante que rompió la calma del amanecer, le asaltó una especie de vértigo, llenándolo de una indecible angustia. Fue entonces cuando comprendió realmente el aspecto *amenazador* de aquel suceso, y al agacharse hacia el suelo para ver más de cerca las huellas y examinarlas con más detenimiento, percibió, excitando su olfato, una vaharada de un y penetrante y dulce aroma que le hizo enderezarse rápidamente, luchando con una terrible sensación de náusea. Y entonces su memoria le jugó una mala pasada. Recordó de pronto aquellos pies descalzos que salían al exterior por debajo de la tienda, y el aspecto del cuerpo tras haberse arrastrado trabajosamente hacia la abertura de la puerta, así como el estremecimiento del *canuck* cuando él se despertó. Todos los detalles acudían ahora atropelladamente a su cerebro, como en un ataque, realizado desde las profundidades de la selva silenciosa, donde esperan las huestes de los árboles, escuchando, vigilando, estudiando lo que debían hacer... Los bosques se apretaban a su alrededor.

Simpson continuó adelante, lleno de de rojo, siguiendo la pista como mejor podía y tratando de dominar aquellas endiabladas emociones que pretendían debilitar su voluntad. Al avanzar, iba marcando árboles, siempre temeroso de ser incapaz de encontrar el camino de vuelta, y llamando en voz alta, de vez en cuando, a su perdido guía. El golpe sordo del hacha, al herir los macizos troncos y los extraños acentos de su propia voz, llegaron a ser sonidos que temía cada vez más producir y escuchar porque daban fe, sin cesar, de su presencia y situación exacta, y podía darse el caso de que pretendieran cazarlo también a él como cazaron a Défago.

Con un esfuerzo desesperado aplastó el pensamiento en el mismo instante en que se forjó en su imaginación, porque si permitía su persistencia, no sería más que el principio de una especie de posesión diabólica que acabaría por destruirlo sin compasión.

Aunque la capa de nieve no era continua, pues había cuajado solamente en aquellos espacios abiertos que se lo permitían, al principio Simpson no tuvo dificultad alguna en seguir la pista: las huellas seguían una línea recta, siempre que los árboles no representaran un obstáculo para ello. Pero, poco a poco, comenzó a aumentar la longitud de la zancada, hasta el punto de que parecía imposible que fuese —con aquellas exage-

radas proporciones— la huella del rastro de un animal. Parecía como si en lugar de ir andando normalmente, a cuatro patas, la bestia hubiera marchado a saltos enormes y hasta volando entre huella y huella. Se le ocurrió medir con su pie la distancia entre una y otra, y vio asombrado que alcanzaba nada menos que dieciocho pies, y aunque pensó que esta medida podía ser errónea, no lo era tanto como para no darle una idea aproximada de la zancada del monstruo, cuya realidad ya no ponía en duda. No obstante, lo que no comprendía era por qué no había dejado impresa su huella en las manchas de nieve que abundaban entre pisada y pisada. Pero lo que mas extrañeza le causó, dejándole perplejo y convenciéndolo de que quizá se había equivocado en sus cálculos, fue que también los pasos de Défago aumentaban en longitud en la misma proporción que la zancada del animal, como si éste lo hubiera alzado en vilo y lo llevara por el aire. Simpson, que era mucho más largo de piernas que el guía, apenas si podía alcanzar la mitad de aquellas zancadas de Défago dando un salto con carrera. Y la visión del rastro de las huellas, unas al lado de las otras, fue muda evidencia de una cabalgada espantosa, en la que el terror o la enajenación mental conducían a inesperados e imposibles resultados, y se conmovió hasta lo más profundo de su ser. Era lo más terrible que sus ojos habían visto jamás. Y empezó a seguir las huellas mecánicamente, casi inconscientemente, abstraído y ensimismado, atisbando miedosamente por encima de su hombro para ver si él también era perseguido por algo que daba unas zancadas gigantescas.

Y pronto llegó a la conclusión de que jamás comprendería lo que aquello significaba, que nunca desentrañaría el misterio de aquellas huellas impresas en la nieve por algo sin nombre, acompañadas siempre por las del pequeño franco-canadiense, su guía, su camarada, que había preparado y armado su tienda unas horas antes, compartiéndola con él, charlando, riendo y cantando a su lado...

Sólo un escocés prudente y astuto, nacido y educado, quizás, en el sentido común y la establecida lógica, sólo un hombre de su edad y experiencia podía haber conservado su equilibrio en tal medida a pesar de la importancia de la aventura tan misteriosa en que se hallaba metido. Por otra parte, mientras avanzaba penosamente a través de la desértica selva, nunca hollada hasta entonces por el paso del hombre, observó dos cosas que debían haberle hecho retroceder a toda prisa para acogerse al refugio relativamente seguro de su tienda, apretando más estrechamente su rifle, mientras elevaba al cielo su alma preparada para la iglesia, en

alas de una plegaria sin palabras: las dos pistas –la del animal y la del hombre– habían experimentado un cambio, que, en lo concerniente a las huellas del último, resultaba repulsivo. Lo observó primeramente en las otras huellas, en las del animal gigantesco, y durante mucho tiempo no pudo creer a sus ojos: ¿eran las hojas arrancadas por el viento las que producían aquellos extraños efectos de luz y de sombras, o era la nieve cuajada, formando como montoncitos de arroz finamente molido, la que suavizaba las sombras, desvaneciéndolas, y aumentaba el brillo de las luces con la reverberación?, ¿o era la causa de aquel prodigio el hecho de que las huellas animales se iban coloreando vagamente? Porque alrededor de las profundas huellas del gigantesco monstruo había aparecido una especie de tono rojizo más semejante a un efecto de luz que a cualquier otra cosa que pudiera teñir la sustancia misma de la nieve. Ese tinte rojizo aparecía en todas y cada una de las huellas, aumentando de intensidad a medida que se avanzaba hacia delante, como si una nueva pinchada lívida fuese tiñendo cada más el cuadro.

Pero cuando, totalmente incapaz de explicar o dar crédito a lo que veía, volvió su atención hacia las otras huellas para ver si ellas también presentaban las mismas características, observó que éstas habían experimentado un cambio infinitamente peor, adquiriendo un horrible aspecto, pues durante las últimas cien yardas había aumentado sorprendentemente su semejanza con la pista animal, y si bien el cambio se había efectuado imperceptiblemente, la variación era indiscutible. Sin embargo, era difícil saber cuándo o dónde se había realizado y también cómo, aunque el hecho era evidente: más pequeñas, más netas, más claramente modeladas, pero con una forma exacta y cuidadosamente duplicada de las que estaban a su lado; no cabía duda, eran las huellas humanas. Aunque los pies que las habían producido, habían también cambiado.

Simpson vaciló por primera vez y luego, avergonzado de su alarma e indecisión, dio unos cuantos pasos apresurados hacia delante; se detuvo a continuación, de repente, al ver que las dos pistas se interrumpían inesperadamente, sin señal alguna de que siguieran adelante. Buscó por todas partes, recorriendo un círculo de unas cien yardas, pero todo fue en vano: no encontró nada que le descubriera de nuevo las pistas.

Los árboles eran allí muy gruesos y corpulento: abetos de todas las especies y cedros. No había matorrales, ni arbustos, ni maleza de ningún género. Se detuvo, mirando hacia adelante, ensimismado, incapacitado para hacer un juicio concreto sobre la situación. Volvió a buscar una y

otra vez, insistentemente, pero siempre con el mismo resultado: nada. ¡Los pies y las patas que hasta entonces habían ido dejando su huella en la nieve, se habían evaporado misteriosamente, abandonando el suelo!

Y fue en ese momento de angustia y confusión cuando el látigo del terror descargó su golpe más sutil y calculado sobre su corazón; cayó, con un efecto mortal, sobre su parte más vulnerable y lo dejó completamente desanimado e inerte. Había estado temiéndolo todo el tiempo y al fin había llegado: desde muy arriba, amortiguada por la gran altura de donde surgía, extrañamente debilitada y quejumbrosa, oyó la voz plañidera de Défago, el guía.

Su sonido llegó hasta Simpson desde aquel cielo negro, tranquilo e invernal, produciéndole un efecto de desmayo y de terror insuperables, hasta tal punto que el rifle se le cayó de las manos. Se detuvo un instante, indeciso e inmóvil, escuchando, como si estuviera allí Défago en cuerpo y alma; luego se tambaleó y cayó hacia atrás contra un árbol, terriblemente trastornado moral y físicamente: estaba pasando en aquel momento por la experiencia más espantosa y devastadora que hasta entonces había conocido, como si su corazón, vacío de todo sentimiento, recibiese de repente la embestida de aquella carga...

– ¡Oh, qué ardiente altura...! ¡Mis pies son de fuego..., mis ardientes pies son de fuego...! –gritaba allá lejos, con acento suplicante, de indescriptible angustia, aquella voz que parecía llegar desde el cielo. Y cuando se calló, volvió el silencio a través de la expectante naturaleza de los árboles–.

Y Simpson, sin saber apenas por qué, se encontró corriendo alocadamente de aquí para allá, buscando, llamando, saltando y tropezando con raíces y rocas, y lanzándose a una frenética persecución de origen de la llamada. Tras la pantalla de la memoria y de la emoción con que la experiencia vela los acontecimientos, buscó, escudriñó, y registró, distraídamente y medio descompuesto, descubriendo luces falsas –como un barco en el mar– con el terror en su ojos, en su corazón y en su alma. Porque el *Pánico del Desierto* le había llamado con aquella voz lejana –el Imperio de la Indómita distancia: el Reclamo de la Desolación que todo lo destruye–. Supo en aquel momento de todas las penas y todos los dolores de aquellos que se pierden irremisiblemente, sin esperanza alguna, sufriendo la lujuria y la fatiga de un alma en la mas absoluta soledad. La visión de Défago, encantado para siempre, arrebatado y perseguido a tra-

vés de las vastas regiones celestiales de aquellos antiguos bosques vírgenes, pasó como una llama fugitiva por la devastada oscuridad de sus pensamientos.

Parecía que habían transcurrido varios siglos hasta encontrar algo concreto en el caos de sus desorganizadas sensaciones. Luego pudo sosegar un momento. Después pensó...

El grito no fue repetido; la bronca llamada de Défago no tuvo respuesta; las fuerzas inescrutables de la selva habían requerido a su víctima después de la llamada... y se la llevaron irremisiblemente, a toda prisa.

Simpson no cejó en su empeño y continuó buscando y llamando durante varias horas; era ya muy tarde cuando se decidió a abandonar su inusitada persecución y regresar al campamento, en las orillas de la laguna de las Cincuenta Islas, aunque con cierto disgusto, pues el eco de aquella voz quejumbrosa e implorante resonaba todavía en sus oídos. Le costó trabajo encontrar su rifle, que había caído al suelo durante aquel acceso de terror y desmayo que lo acometió, y tuvo también grandes dificultades para hallar la pista, por medio de los árboles marcados, que lo conduciría de nuevo a lugar seguro; sin embargo, el esfuerzo que tuvo que realizar para encontrar los árboles heridos por su hacha y el hambre que comenzaba a roerle el estómago, le ayudaron a mantenerse mentalmente firme, de otro modo, la temporal perturbación que su mente había sufrido, habría podido prolongarse hasta ocasionar un verdadero desastre. Poco a poco, se fue serenando hasta casi recobrar el completo equilibrio intelectual.

A causa de todo lo ocurrido, la expedición a través de aquella selva intrincada, en la que la oscuridad aumentaba a cada momento, fue decepcionante y espantosa, como si todo lo que le rodeaba estuviese encantado: escuchó innumerables veces pasos que le perseguían; voces que se reían y suspiraban tras de él, a su lado, en todas partes; hasta vio figuras humanas —o infrahumanas— acurrucadas detrás de los árboles y de la maleza, haciéndose señas unas a otras para un ataque de conjunto en el momento en que él pasase cerca de ellas. El murmullo silbante del viento le hizo detenerse y escuchar. Avanzaba cautelosamente, tratando de ocultarse y de hacer el menor ruido posible, intentando esconderse entre las sombras, moviéndose sigilosamente. Los árboles, hasta el momento protectores, se habían vuelto amenazantes y en cierto modo retadores. La turbación de su mente aterrorizada ocultaba una multitud

de posibilidades que eran lo suficientemente abominables para resultar enigmáticas. El presentimiento de una amenaza desconocida estaba allí, al acecho, mal oculto en cada detalle de todo cuanto había ocurrido.

Fue realmente admirable cómo consiguió triunfar. Otros hombres más maduros, con más facultades y experiencia, habrían fracasado ante aquella prueba. Simpson se había comportado perfectamente, teniendo en cuenta las circunstancias, y su plan de acción lo había demostrado con toda claridad. Como estaba fuera de toda posibilidad pensar en dormir, y, por otra parte, caminar a través de una senda desconocida, en plena oscuridad, resultaba igualmente impracticable, decidió pasar la noche sentado con el rifle en la mano, preparado para cualquier eventualidad, ante una fogata que no descuidó ni un solo momento ante el temor de quedarse a oscuras y sin la única defensa que tenía para ahuyentar a las bestias y al miedo que embargaba su espíritu. La severa rigidez de aquella vigilia señaló su alma para toda la vida; pero cubrió con éxito el objetivo que se había impuesto, con los primeros albos de la madrugada emprendió el largo y penoso camino de regreso por segunda vez, desde la Laguna de las Cincuenta Islas al campamento de origen, dejando, como la vez anterior, una nota escrita explicando su ausencia e indicando dónde estaba el escondrijo en el que guardaba alimentos y cerillas. ¡Pero no había ni la menor esperanza de que unas manos humanas llegasen a descubrirlo!

Explicar cómo encontró Simpson, él solo, el camino de vuelta, sería ya una historia completa. Y oírse la contar a él, conocer la apasionada soledad que el alma de un hombre puede experimentar cuando el desierto lo ha atrapado en el cuenco de su ilimitada mano... y se ha reído de él, resulta admirable y da muestras de un valor extraordinario. Simpson dijo que todo ello carecía de mérito y declaró que había seguido casi mecánicamente la invisible pista, sin discurrir ni reflexionar siquiera, sin pensar por dónde debía marchar. Indudablemente, era verdad: se dejó guiar por esa mente inconsciente que es el instinto, y quizá también por ese sentido de orientación de que gozan los animales y algunos hombres primitivos. Sea como fuere, el hecho es que Simpson llegó al sitio exacto donde Défago había ocultado la canoa y los remos tres días antes.

El sol se había puesto ya cuando Simpson llegó al lugar y no podía servirle de guía, como Défago había indicado. Se valió como pudo de su brújula y embarcó en la frágil canoa para recorrer las últimas veinte millas de aquel penoso viaje, con una sensación de alivio al pensar que la selva quedaba por fin atrás. Afortunadamente, el lago estaba en calma y

pudo atravesarlo por el centro sin tener que ir costeando, lo que le hubiera acarreado otras veinte millas más de recorrido. Y cuando llegó al campamento, se encontró con que los otros cazadores estaban ya de vuelta: la luz de la hoguera le sirvió de guía, para hallarlo desde lejos. Tuvo mucha suerte, pues, en caso contrario, hubiese necesitado de toda la noche para localizar la posición del campamento. Era ya casi medianoche cuando su canoa varó en los guijarros de la playa y Hank, Punk y su tío, despertados violentamente por sus gritos, corrieron a ayudar a aquel modelo de escocés, exhausto y destrozado, colocándolo sobre unas rocas al amor de la mortecina lumbre.

La repentina entrada de su prosaico tío en este mundo de hechicería y horror que había tenido encantado a Simpson durante dos días y dos noches, sin interrupción, produjo el efecto inmediato de dar al asunto un aspecto enteramente nuevo. El eco de aquel vigoroso “¡Hola, muchacho! ¿Que ocurre ahora?”, acompañado de un apretón de manos enérgico y cordial, introdujo un nuevo criterio, produciendo un cambio repentino en la situación. Simpson se dio cuenta, entonces, de que lo había hecho bastante mal y se sintió avergonzado de sí mismo. La típica cabeza dura de su raza lo dominaba.

Y esto explicaba, indudablemente, por qué le costaba tanto trabajo contarles *todo* a aquellos hombres que se calentaban con él alrededor del fuego. Dijo lo suficiente, no obstante, para que se tomase inmediatamente la decisión de partir lo antes posible, pero primeramente, y para que Simpson pudiese guiarlos con eficacia, era necesario que se alimentara y sobre todo que durmiera. El doctor Cathcart, observando las malas condiciones en que se encontraba su sobrino, le aplicó una inyección de morfina, en pequeña dosis, para que durmiera como un muerto durante seis horas.

De la descripción escrita cuidadosamente por el estudiante de Teología, se desprende que en la referencia que hizo de lo ocurrido había omitido muchos detalles de importancia vital, alegando que no se atrevió a mencionarlos por hallarse su tío presente. Una vez congregada la partida, todos opinaron que lo que había ocurrido a Défago era que había sufrido aquella noche un inexplicable ataque maniático, imaginándose que alguien o algo lo había *llamado* y obligado a adentrarse en el interior del bosque profundo, sin alimentos y sin rifle, en busca de una muerte segura, ya por frío, ya por inanición, a menos que fuese encontrado y rescatado a tiempo. Y este *a tiempo* quería decir *inmediatamente*.

Durante el curso del día –salieron a las siete dejando a Punk a cargo del campamento, con instrucciones de tener siempre preparados fuego y alimentos–, Simpson declaró a su tío, al fin, muchos de los detalles que había omitido en su primer relato, sin darse cuenta de que éste, con un ingenioso sistema de preguntas y respuestas, le había obligado a hacerlo. Comenzó por relatarle el principio de la pista, es decir, el sitio en que había sido abandonada la canoa en espera del viaje de vuelta, y entonces Simpson recordó que Défago había mencionado vagamente algo llamado *wendigo*. Luego contó cómo gritaba entre sueños y cómo imaginó que el campamento había sido invadido por un misterioso olor y cómo había presentado otros síntomas de enajenación o excitación mental. Sin embargo, Simpson admitió que aquel extraño olor había producido también un efecto demoledor sobre sí mismo, trastornándolo terriblemente y haciéndole evocar el olor acre y penetrante de los leones. Se hallaban a una hora de la laguna de las Cincuenta Islas cuando refirió el último hecho acaecido –una ridícula confesión de su propio histerismo, de lo que se dio cuenta más tarde–, diciendo que había oído la voz del desaparecido guía pidiendo socorro. Omitió las singulares frases utilizadas, sencillamente para no tener que repetir el absurdo lenguaje. Y también, mientras describía cómo las pisadas del guía eran una reproducción en miniatura de las del animal, se calló el hecho de que tanto las zancadas del uno como las del otro medían una longitud exageradamente grande. Parecía cuestión de orgullo personal y de honestidad revelar unas cosas y suprimir otras. Y así mencionó el tinte rojizo de la nieve alrededor de las huellas, por ejemplo, pero dejó de referir que lo mismo el cuerpo que la cama de su compañero parecían haber sido arrastrados parcialmente fuera de la tienda.

Con el resultado que el doctor Cathcart –que se tenía por un buen psicólogo– había esperado, le aseguró a su sobrino, son suficiente exactitud, dónde había comenzado su mente a sentirse influida por la soledad del desierto blanco y por el terror, sucumbiendo a la violenta y atractiva ilusión. Mientras alababa la conducta de su sobrino, el doctor se las compuso para señalarle dónde, cuando y cómo había comenzado a desvariar. Consiguió de ese modo –por medio de la alabanza razonada– que Simpson se creyera más admirable de lo que en realidad era, y más necio de lo que era realmente, quitándole importancia al valor de su declaración. Hizo, pues, con él lo que suelen hacer otros materialistas, es decir falsear inteligentemente las ases que no dan suficiente luz, porque el conocimiento suministrado parecía a su propia inteligencia inadmisible.

– El hechizo de estas terribles soledades –dijo– no deja una sola mente sana, es decir, una mente que posea las más elevadas cualidades imaginativas. Ha actuado sobre la tuya exactamente igual a como lo hizo sobre la mía cuando yo tenía tu edad. El animal que encantó vuestro pequeño campamento era, indudablemente, un alce, porque su bramido puede tener, a veces, peculiares calidades de sonido. En cuanto a la apariencia coloreada de las huellas grandes era debida, indudablemente, a un defecto de tu propia vista a causa de la excitación. Y su tamaño y separación ya los comprobaremos cuando los tengamos ante nuestra vista. La alucinación que nos hace oír una voz, es, por otra parte, una de las formas más comunes de ilusión debida a la excitación mental, una excitación, mi querido muchacho, perfectamente excusable y comprobada por ti en esas circunstancias. Por lo demás, me limitaré a decir que has actuado con un espléndido valor, porque el terror de sentirse solo y perdido en la selva virgen no es ninguna tontería, y si yo hubiera estado en tu lugar, creo que ni por un momento hubiera actuado con la cuarta parte de tu inteligencia y decisión. Lo único que me parece muy difícil de explicar, es... ese... condenado olor.

– Te aseguro que me hizo sentirme enfermo –declaró su sobrino–, ¡creí que iba a desmayarme!

La actitud de tranquilidad de su tío, solamente porque sabía muchas fórmulas psicológicas, daba a la cuestión un aspecto desafiante, ¡era tan fácil explicar sabiamente una experiencia de la que no se ha sido testigo personal!

– De la única manera que puedo describirlo es como una especie de insólito y horrible olor –concluyó Simpson, mirando a su tranquilo e insensible tío, que caminaba a su lado–.

– Lo que más me maravilla es que, en aquellas circunstancias, no vieses u oyeses cosas peores –fue la respuesta–.

Las secas palabras del doctor Cathcart –pensó Simpson–, estaban entre la verdad y la interpretación de su tío de la verdad. Y, de ese modo, llegaron finalmente al campamento y encontraron la tienda todavía en pie, los restos del fuego y el trozo de papel clavado en una estaca. Todo estaba intacto. Pero el escondrijo, toscamente construido por manos inexpertas, había sido descubierto y violado por las ratas, los visones y las ardillas. Las cerillas estaban desparramadas alrededor de la entrada y los alimentos habían sido devorados hasta la última migaja.

– ¡Bien, ya habrán visto que él no está aquí! –exclamó Hank–. Y eso es tan cierto como que nos hemos de morir. ¡Pero dónde puede estar a estas horas es tan difícil de adivinar como...!

La presencia del estudiante de Teología no era ahora un obstáculo para su lenguaje, pero, en atención a los lectores de este interesante y verídico relato, omitiremos las palabras malsonantes que a borbotones salían de aquella boca asquerosa.

– Yo propongo –añadió– que empecemos ahora mismo a buscarlo en este maldito infierno...

La tristeza por la muy probable muerte de Défago oprimió a todo el grupo con una sensación de espantosa gravedad, desde el momento en que vieron tantas señales indicadoras de su reciente estancia en el campamento. Especialmente la tienda, con su cama de ramas todavía aplastadas por la presión de su cuerpo, parecía traerlo a su presencia. Simpson, sintiendo como si sus recuerdos estuviesen en juego, fue explicando los detalles, dando a sus palabras un tono de calma que, en realidad, no sentía. A pesar de todo estaba ahora mucho más tranquilo, aunque excesivamente fatigado a causa del esfuerzo realizado en los últimos días, y a esa tranquilidad contribuyó en gran manera el método seguido por su tío para tratar de explicar todos los detalles todavía frescos en su memoria.

– Y ésta es la dirección en que salió corriendo –terminó diciendo a sus dos compañeros, señalando la dirección en la que el guía se había desvanecido aquella mañana durante el amanecer–. Corría como un gamo entre los abedules y los abetos...

Hank y el doctor Cathcart cambiaron una mirada.

– Y fue a unas dos millas de aquí, en línea recta –continuó Simpson, con algo de su primitivo terror en la voz–, donde encontré su pista y la seguí hasta el sitio en que se interrumpía...

– Y donde lo oyó usted llamar y percibió el olor y todo lo demás del endiablado entretenimiento... –gritó Hank con un cambio de talante que traicionaba su angustia–.

– Y donde tu excitación te dominó de tal modo, que llegó a producirte alucinaciones –agregó el doctor Cathcart en un susurro, aunque no tan bajo que su sobrino no lo oyese–.

Tenían más de dos horas de día por delante porque habían trabajado muy de prisa antes de primeras horas de la tarde. El doctor Cathcart y

Hank no perdieron tiempo en empezar la búsqueda, pero Simpson estaba demasiado exhausto para acompañarlos. Seguirían la pista guiándose por las marcas hechas por este último en los árboles y, cuando fuera posible, por sus propias huellas. Entretanto, lo mejor que podía hacer era conservar el fuego y descansar.

Después de unas tres horas de búsqueda, las tinieblas de la noche lo invadían todo y los dos hombres tuvieron que regresar al campamento sin ninguna noticia que comunicar a Simpson. La nieve reciente había cubierto todas las huellas y, aunque habían seguido los árboles marcados hasta el lugar en que éste dio la vuelta, no habían descubierto ni la menor señal de un ser humano ni de animal alguno: no había huellas recientes de ninguna clase; la nieve se había encargado de borrarlo todo.

Era muy difícil saber qué era lo mejor que debían hacer, aunque, en realidad, no había nada más que pudieran realizar. Podían permanecer allí durante semanas y semanas, y el resultado sería probablemente el mismo. La nieve había destruido su única esperanza y se reunieron alrededor del fuego para cenar, tristes y desesperados, porque, aparte de la desgracia personal sufrida por Défago, éste tenía en Rat Portage a su esposa, y lo que él ganaba era el único medio de vida de su pequeña familia.

Ahora que la verdad se mostraba ante ellos con toda su crudeza, parecía ya inútil continuar disfrazándola o disimulando su triste realidad. Hablaron francamente de los hechos y probabilidades: no era la primera vez, aún para la experiencia del doctor Cathcart, que un hombre había sucumbido a la singular seducción de las soledades y había perdido la razón; Défago, además, estaba muy predispuesto a ello, porque llevaba la melancolía en la sangre, y su fibra se había debilitado por los frecuentes ataques de embriaguez que había sufrido últimamente y que le duraban, a veces, semanas enteras. Algo debió de ocurrir en esta expedición —nunca se sabría, a ciencia cierta, el qué—, que había bastado para empujarlo definitivamente más allá de los límites de la razón humana, y esto era todo. Enloquecido, se había ido, huyendo de no se sabía qué, a la gran selva virgen inexpugnable de árboles y lagos, para morir de hambre y agotamiento. El número de probabilidades de que pudiera encontrar de nuevo el campamento era reducidísimo; el delirio que lo dominaba habría también aumentado, y era igualmente probable que, en el colmo de su locura, hubiera atentado violentamente contra sí mismo para acelerar aquella muerte cruel a la que estaba condenado. Y hasta quizá habría llegado su fin mientras ellos estaban allí, hablando de lo que posiblemente

podía haberle ocurrido. Por iniciativa de Hank, su viejo compinche, decidieron esperar un poco más y dedicar el día siguiente, desde el alba hasta el ocaso, a una sistemática búsqueda. Se repartieron el territorio entre los tres, discutieron sus planes con todo detalle y decidieron que, dentro del plan general, cada uno hiciera en su demarcación lo que mejor le pareciera para el buen éxito de la empresa.

Y, entretanto, hablaron de la forma particular con que el singular *pánico del Desierto* había atacado la imaginación del infortunado guía; aunque conforme a la leyenda en sus líneas generales, Simpson no estaba de acuerdo con el giro que la conversación había tomado. Permaneció casi en silencio, contribuyendo muy poco a mantener la idea –aunque este poco era francamente alentador y luminoso–, porque él admitía que había una leyenda por esos contornos, según la cual algunos indios «habían visto al *wendigo*» rondando por las orillas de la laguna de las Cincuenta Islas al declinar el último año, y ésta era la verdadera razón de la resistencia de Défago a cazar en aquella región. Hank se lamentaba de que, en cierto modo, él había empujado a su viejo compinche a la muerte con su insistencia

– Cuando un indio se vuelve loco –explicó–, siempre se dice que ha visto al *wendigo*. ¡Y el pobre Défago era supersticioso hasta la médula!

Entonces Simpson, hallando la atmósfera más simpática y agradable, contó otra vez la historia completa de su asombrosa aventura, esta vez con todos los detalles, mencionando incluso sus propias sensaciones y sus opresivos temores, pero omitiendo el lenguaje usado por el *Llamador* y por el propio guía.

– Pero Défago te habría contado con todo detalle, seguramente, esa leyenda del *wendigo*, mi querido sobrino –insistió el doctor–. Me imagino que te hablaría de ello, llevando a tu imaginación unas ideas que tu propia excitación se encargó, más tarde, de desarrollar...

Simpson volvió a repetir los hechos, declarando que Défago apenas había mencionado la bestia, y como él no había leído jamás nada sobre ella, no tenía ni la menor idea de la historia. Ni siquiera la palabra le era familiar...

No cabía duda de que estaba diciendo la verdad, por lo que el doctor Cathcart tuvo que admitir el singular carácter de los hechos acaecidos, aunque no lo demostró. Sentado en el suelo, el doctor apoyaba su espalda en un fuerte y corpulento árbol, mientras atizaba el fuego en cuanto

veía que perdía fuerza, era más rápido que los demás para descubrir el menor sonido en la noche, a su alrededor: un pez que saltaba en el cercano lago; una ramita que se quebraba en la selva; la caída accidental de un trozo de nieve helada desde una rama situada encima de ellos, cuando el calor de la hoguera llegaba a ablandarla y derretirla... Su voz había cambiado también, tanto en calidad como en tono, haciéndose menos confidencial y más baja. Temía –hablando claramente– que algo rondaba allí cerca, por los alrededores del pequeño campamento, y, aunque los tres hubieran preferido hablar de otros asuntos, lo único que parecía capaz de discusión era eso: la causa de su temor. Trataron, no obstante, de llevar la conversación por otros derroteros, pero todo fue en vano: no había nada que decir acerca de otros temas. Hank era el más sincero del grupo: no dijo apenas nada. Pero ni una sola vez, por casualidad, volvió la espalda hacia la oscuridad: miraba siempre hacia la selva y, cuando hizo falta más leña, sólo se distanció lo estrictamente necesario para encontrarla.

Un muro de silencio los rodeaba por todas partes, porque la nieve, aunque no era muy espesa, sí era lo suficiente como para ahogar cualquier ruido, y además la helada mantenía las cosas en una inmovilidad casi absoluta; sólo se percibía el murmullo de sus voces, el chisporroteo de las llamas en la hoguera y, de vez cuando, muy espaciadamente, algo muy suave como el batir de alas de una polilla que rompía por un momento la majestuosa quietud del aire. Ninguno parecía con ganas de acostarse. Y las horas corrían ya hacia la medianoche.

– La leyenda es muy pintoresca –dijo el doctor, después de una de las prolongadas pausas, más bien por romper aquel silencio expectante que por ganas de hablar– porque el wendigo es simplemente la llamada de la selva personificada, que oyen algunas naturalezas para ser llevadas a su propia destrucción.

– Así es, en efecto –observó Hank–. Y nadie se equivoca cuando lo llama, porque lo hace pronunciando su verdadero nombre con maravillosa perfección.

Siguió otra pausa. Luego el doctor Cathcart volvió a tratar del tema en cuestión con tal decisión que todos se sobresaltaron:

– La alegoría es significativa –observó, mirando alrededor, hacia las tinieblas–, porque la voz, según dicen, recuerda todos los sonidos del bosque: viento, cataratas, gritos de animales... Y, una vez que la víctima oye

eso... ¡ya está perdida irremisiblemente! Sin embargo, dicen que los puntos más vulnerables son los pies y luego los ojos. Los pies por el anhelo vehemente de la huida, los ojos por la lujuria de la belleza. El infeliz corre a tal velocidad que sus ojos sangran y sus pies parece que arden...

El doctor Cathcart, mientras hablaba, no dejaba por eso de atisbar continuamente a su alrededor, en las tinieblas. Bajó la voz, que se convirtió en un susurro:

– Dicen que el wendigo quema los pies... a causa de la fricción que ocasiona la tremenda velocidad a que huyen por la selva... hasta que desaparecen, y otros nuevos retoñan exactamente de la misma forma que los perdieron...

Simpson escuchaba aterrorizado; pero lo que más le fascinaba era la palidez de la cara de Hank. De muy buena gana se habría tapado los oídos y cerrado los ojos; pero no se atrevía.

– A veces no va a ras del suelo... –dijo Hank, arrastrando las palabras–, porque va tan alto que se cree que las estrellas le han prendido fuego. A veces también da grandes saltos y corre, brincando sobre las copas de los árboles, llevándose con él a su víctima y luego dejándola caer, como hace el águila blanca con su presa, para darle muerte antes de devorarlo. Pero su alimento es... ¡el musgo! –rió con una risa fingida y luego continuó–, porque el wendigo se alimenta de musgo, es un musgófago –añadió, mirando las caras de sus compañeros–, ¡un musgófago! –diciendo al mismo tiempo una de las más terribles blasfemias extranjeras que pudo recordar–.

Simpson comprendió al fin el verdadero propósito de aquella conversación, lo que aquellos dos hombres –fuertes y experimentados– temían más que a ninguna otra cosa: el silencio. Hablaban sin cesar, hablaban contra el tiempo y contra la oscuridad, contra la invasión, contra todo aquello que podía recordarles que estaban en un mundo enemigo; hablaban contra todo, menos permitir a sus más profundos pensamientos que dominasen sus espíritus. Y Simpson, iniciado ya en esa terrible vigilia contra el terror, iba más allá que ellos mismos en ese sentido. Había alcanzado la altura en que se sentía inmune. Los otros dos, el burlón y analítico doctor y el sincero y testarudo leñador, estaban allí sentados temblando en lo más profundo de su ser.

Así pasaron las horas. Y así, en voz muy baja y con una gran fortaleza de espíritu, continuaron –sentados en las mismas fauces del bosque–

charlando de aquella terrible y prodigiosa leyenda. Era una contienda desigual porque el bosque profundo tenía la ventaja de ser el primero en atacar... y de que la lucha se desarrollase en su territorio. La muerte de su camarada pesaba sobre ellos, con una opresión creciente que llegó a hacerse insoportable. Y fue Hank, tras una pausa más larga que las anteriores, el que primero se decidió a luchar contra aquella emoción de una manera inesperada: dando un vigoroso salto sobre sus pies y lanzando un alarido estruendoso que rompió el silencio de la noche. Probablemente no había podido contenerse por más tiempo. Y, para que su aullido no se pareciese en absoluto a un grito ordinario, interrumpió su ritmo agitando la palma de la mano ante la boca, golpeándosela intermitentemente.

— Es para Défago —dijo, mirando hacia sus compañeros con una extraña y desafiante sonrisa— porque creo que mi viejo camarada no se halla lejos de aquí en estos instantes.

Había tal vehemencia y temeridad en su gesto que Simpson se sintió arrastrado por él saltando también sobre sus pies, con lo que dejó atónito al doctor quien dejó caer la pipa de entre los labios. Hank se quedó atónito ante la irrupción del joven Simpson, pero en el rostro del doctor Cathcart apareció un gesto de debilidad, una especie de relajamiento de sus facultades. Luego apareció en sus ojos una momentánea cólera, y él también —aunque no espontáneamente, sino como consecuencia de una deliberación, nacida de su habitual dominio sobre sí— se puso en pie y miró hacia el leñador, porque aquello era intolerable, necio, peligroso y debía hacerlo abortar de raíz.

Se puede reflexionar acerca de lo que ocurrió poco después, pero nunca se sabrá exactamente que fue, porque en el mismo instante de profundo silencio que siguió al alarido entrecortado de Hank, y tal vez como respuesta a él, algo pasó a través de la oscuridad del cielo sobre sus cabezas, a una velocidad increíble —algo necesariamente de grandes dimensiones, porque desplazaba mucho aire—, mientras que abajo, entre los árboles, surgió un grito desmayado y ululante, producido por una voz humana que clamaba en tonos de indescriptible angustia y dolor:

—¡Oh, qué ardiente altura..! ¡Oh, mis pies son de fuego..., mis pies ardientes son de fuego!

Pálido hasta el cuello de la camisa, Hank miró estúpidamente a su alrededor, como un niño. El doctor Cathcart lanzó una especie de grito ininteligible; se volvió a continuación, con un instintivo movimiento de ciego terror hacia la protección de la tienda, y se detuvo en el acto como si se hubiera

quedado helado. Simpson fue el único de los tres que conservó su presencia de espíritu. Su propio horror era demasiado profundo para permitirle una inmediata reacción. ¡Él ya había oído este grito antes! Y, volviéndose hacia sus impresionados compañeros, dijo con bastante calma:

– Ése es exactamente el grito que yo oí... ¡con las mismas palabras!

Luego, levantando su cara hacia el cielo, gritó:

– ¡Défago!, ¡Défago...! ¡Baja aquí con nosotros! ¡Baja...!

Y antes de que nadie hubiese tenido tiempo para tomar uno y otro partido, percibieron el sonido de algo que caía pesadamente entre los árboles, rompiendo las ramas al precipitarse contra el suelo, produciendo un ruido terrible al chocar contra la tierra helada.

– ¡Es él, válgame Dios! –dijo Hank, lanzando un grito ahogado, como un murmullo, mientras su mano se dirigió automáticamente al lugar de su cinturón en donde colgaba el cuchillo de caza-. ¡Y viene ahí...!, ¡viene ahí! –añadió al sentir unos pasos pesados, que rompían la nieve al avanzar y se iban haciendo más perceptibles conforme se acercaban desde las tinieblas al círculo de luz–.

Y a medida que los pasos, vacilantes, se aproximaban, los tres hombres permanecían alrededor del fuego, mudos y estáticos. El doctor Cathcart tenía el aspecto de un hombre que hubiera envejecido de repente; sus ojos apenas tenían vida, fijos en un punto, como si aquella fuese su última mirada. Hank, sufriendo lo indecible, parecía otra vez al borde de una violenta reacción, aunque no hizo nada. También él parecía labrado en piedra. Ambos semejaban dos niños a quienes se acaba de castigar y azotar. El cuadro era espantoso y, entretanto, los pasos –cuyo propietario era todavía invisible– continuaban avanzando, acercándose, rompiendo la nieve helada. Parecía interminable –demasiado prolongada para ser real– esta aproximación medida y despiadada, perversa y abominable.

Por fin surgió de las tinieblas una figura. Avanzó lentamente hasta la zona de media luz, en la que se mezclaban la luz del fuego y las sombras, a menos de tres metros del grupo, y luego se detuvo mirándolos fijamente. De pronto, como si se tratara de un títere movido con alambres y éstos hubieran tirado de él con presteza, se precipitó velozmente, en un movimiento espasmódico, colocándose a su lado, y, entonces, a la luz del fuego de la hoguera, vieron también que este hombre era... Défago.

Un gesto de horror inundó entonces en todos los rostros, y sus ojos brillaron como si, con su visión normal, hubiesen traspasado las fronteras de lo desconocido.

Défago avanzó con paso inseguro e incierto, hacia ellos; luego giró sobre sus pies para dirigir su mirada al rostro de Simpson.

– Aquí estoy, patrón Simpson. He oído que alguien me llamaba. –Era una voz desmayada y seca, jadeante y sin aliento por el terrible esfuerzo realizado–. He tenido muy buen viaje, un viaje infernal, rodeado de fuego... –y se echó a reír, chocando su frente contra la de su patrón–.

Aquella risa puso en marcha la maquinaria parada del grupo de figuras con rostros de cera blanca. Hank fue el primero: se levantó lanzando una ristra de blasfemias y juramentos rebuscados. Simpson no los reconoció como pertenecientes a la lengua inglesa –pensó que corresponderían a la lengua india o a cualquier otro dialecto o jerga–, sólo comprendió que la presencia de Hank entre ellos y Défago era muy conveniente..., extraordinariamente conveniente. El docto Cathcart siguió a Hank, aunque más tranquilo y pausado, y se puso también de pie tropezando al incorporarse.

Simpson parecía confuso a consecuencia de lo que se había dicho y hecho en aquellos últimos segundos, y porque aquellos ojos detestables y malditos se fijaban en los suyos. Estaba completamente aturdido... No se movió ni dijo nada. No tenía la disciplinada voluntad de los otros, que les forzaba a la acción como defensa contra todo esfuerzo emocional. Vigilaba los movimientos de los demás como si estuvieran detrás de un cristal que hubiera destruido a medias su realidad: era como un sueño pervertido. A través del torrente de frases ininteligibles de Hank, sin significado alguno, él recuerdo haber oído el tono autoritario de su tío diciendo varias cosas acerca de los alimentos, del calor, de las mantas, del whisky y de todo lo demás; y luego una oleada de aquel penetrante y desconocido olor, dulcemente enervante, asaltando sus fosas nasales.

Y fue él precisamente –a pesar de lo muy inexperto y poco diestro que los demás lo juzgaban– quien pronunció la frase que trajo algo de alivio a la angustiosa situación, expresando la duda y el pensamiento que atenazaba cada corazón:

– Eres... tú, ¿verdad, Défago? –preguntó sin aliento, interrumpida su frase por el terror–.

Y, sin dar tiempo a que el interpelado moviese sus labios, fue Cathcart quien respondió rápidamente:

– Pues claro que es él..!, ¡claro que sí..! Solamente que el pobre está medio muerto de agotamiento, de frío y de terror... ¿No es eso suficiente para hacer cambiar a un hombre hasta el punto de no reconocerlo?

El énfasis que empleó para hablar demostraba bien claramente que hablaba para convencerlos a todos. Y sin cesar, mientras hablaba y movía las manos, se tapaba la nariz con el pañuelo: el olor había invadido el campamento.

El Dégago que se sentó acurrucado cerca del fuego, envuelto en las mantas, bebiendo whisky caliente y cogiendo la comida con sus bastas manos, se parecía tanto al guía que ellos habían visto vivo últimamente como el retrato de un hombre de 60 años al daguerrotipo de su primera juventud con el traje de otra generación. Realmente nada podía describir aquella fantástica caricatura, aquella parodia, aquella máscara de Dégago calentándose al calor de la lumbre. Simpson declara –aireando los recuerdos de espantosa memoria– que la cara de aquel hombre era más animal que humana, las facciones estaban completamente desfiguradas, la piel flácida y colgante, como si hubiese estado expuesto a extraordinarias presiones y tensiones... recordaba esos globos inflados por los buhoneros en Ludgate Hill, que cambian su expresión cuando se hinchan, y, al desinflarse, emiten una débil y quejumbrosa imitación de voz. La cara y la voz de Dégago sugerían tan abominable semejanza. Pero mucho tiempo después, cuando el doctor Cathcart trató de describir lo indescriptible, afirmaba que aquella cara y aquel cuerpo correspondían a una persona que hubiese estado en una atmósfera de aire tan rarificado que, si desapareciese el peso de la atmósfera, toda la estructura amenazaría con volar en pedazos y se haría... *incoherente*...

Fue Hank –aunque aturdido y vacilante– quien consiguió llevar las cosas a una decisión final y definitiva. Se apartó de los demás, alejándose a cierta distancia del fuego, aparentemente para que la luz no le deslumbrase demasiado, protegiendo sus ojos por un momento con ambas manos, para gritar en voz alta –en la que se adivinaban la ira y el afecto espantosamente mezclados–:

– ¡Tú no eres Dégago! ¡Tú no eres Dégago! ¡No diré una... maldición, pero ése que está ahí no eres tú, mi viejo compinche de veinte años!. –Miró hacia la figura acurrucada como si quisiera destruirla con su mirada, y añadió con una violenta indirecta llena de horror y disgusto–: ¡Y si eres tú me comprometo a limpiar el suelo del infierno con un trozo de algodón pinchado en un palillo, válgame Dios..!

Era imposible hacerlo callar. Estaba allí gritando como un poseso, era algo horrible para la vista y el oído... *porque era la verdad*. Repitió sus

amenazas y sus juramentos una y otra vez, en diferentes tonos, tal vez hasta cincuenta veces, y cada una de ellas con un acento más exótico que la anterior. Los árboles del bosque multiplicaban los ecos. Una vez pareció como si quisiese abalanzarse sobre el *intruso* porque su mano se movía continuamente a lo largo del cuchillo de caza que colgaba de su cinturón.

Pero al fin no hizo nada y la tempestad terminó muy pronto en lágrimas. La voz de Hank se rompió bruscamente, cayó al suelo y el doctor Cathcart lo persuadió para que se fuese a la tienda y se acostase tranquilamente. Así, el resto del asunto lo presencié a través de la pequeña abertura que quedaba entre el borde del hueco de la puerta y el de la falda de lona que servía de portezuela. Desde la hoguera se veía su cara pálida y aterrorizada, atisbando.

El doctor Cathcart, seguido muy de cerca por su sobrino –que había dado más pruebas de valor que ningún otro–, se levantó con aire decidido, plantándose enfrente de Défago, quien continuaba acurrucado cerca del fuego. Lo miró honradamente, cara a cara, y habló, al principio con mucha firmeza:

– Défago: cuéntenos lo que ha sucedido..., aunque no sea más que por encima, para que sepamos cómo podemos ayudarlo mejor –dijo en tono autoritario, casi de mando. Poco después, cambió de tono, porque Défago volvió su rostro hacia él con un gesto tan lastimero, tan terrible y tan poco humano, que el doctor se apartó dando un paso atrás, como si se tratase de un espíritu inmundo. Simpson, que miraba hacia Défago muy cerca del doctor y detrás de él, dijo que daba la impresión de una máscara que estuviese a punto de caer, dejando el verdadero rostro al descubierto, una cara negra y diabólica, revelada en toda su desnudez.

– ¡Fuera!, ¡fuera! –gritó Cathcart, con una mezcla de terror y de súplica–. ¡Ninguno de nosotros puede soportar esto mucho tiempo..! –fue el grito del instinto sobre la razón–.

Y entonces Défago, sonriendo *inocentemente*, contestó con aquella desmayada vocecita que le era peculiar y que parecía haberse convertido en un sonido de un carácter completamente distinto:

– Yo he visto esa gran cosa que se llama *wendigo* –susurró apenas, olfateando el aire en derredor exactamente como podía hacerlo un animal–. Y estuve con él también...

No puede saberse si dijo algo más o si el doctor Cathcart continuó el examen imposible, porque en ese momento se oyó la voz de Hank vociferando:

ferando desde la tienda, cuya lona ocultaba todo su cuerpo menos sus ojos aterrorizados. Nunca se había oído semejante aullido...

– ¡Sus pies..! ¡Oh, Dios, miren sus pies! –decía con aquella voz estruendosa–. ¡Miren cómo han cambiado sus grandes... pies!

Défago, al moverse en el sitio donde estaba sentado, lo había hecho de tal forma que, por primera vez, habían quedado sus piernas a plena luz y sus pies eran visibles. Pero Simpson no tuvo tiempo de ver lo que había visto Hank. En ese mismo instante, con un salto felino, el doctor Cathcart cayó sobre él enrollando sus piernas en la manta, de tal manera que el joven estudiante sólo percibió el paso raudo de una cosa oscura ocultando el sitio donde debían estar los pies enfundados en sus mocasines, y aun eso le pareció como si hubiera sido una visión. Luego, antes de que el doctor tuviese tiempo de hacer otra cosa, o Simpson de pensar una pregunta y mucho menos de hacerla, Défago se puso de pie delante de ellos, manteniéndose en equilibrio con trabajo y dificultad, sobre su amorfo y torcido rostro apareció una expresión sombría y maliciosa, que era, en el verdadero sentido de la palabra, monstruosa.

– Ahora también lo han visto ustedes –dijo jadeante–. ¡Ya han visto mis pies de fuego, mis pies ardientes! Y ahora ya es la hora de...

Su lastimera y suplicante voz fue interrumpida por un sonido semejante al bramido del viento a través del lago. Se agitaron las ramas enmarañadas de los árboles. Las llamas del fuego de la hoguera se estremecieron como si una ráfaga las hubiera vencido. Y algo invisible pasó rápidamente por el pequeño campamento, produciendo un ruido como el de un torbellino, dando la sensación de haberlo rodeado por completo en un instante. Défago se despojó de las mantas que cubrían su cuerpo, se volvió hacia el bosque que tenía a sus espaldas y, con el mismo movimiento vacilante con que había llegado..., se fue. Desapareció antes de que nadie pudiese mover un músculo para evitarlo, con una extraña y desatinada velocidad que no dio tiempo a nada. La oscuridad del bosque se lo tragó en seguida y, apenas unos segundos después, sobre el murmullo de los árboles balanceantes y el bramido repentino del viento, los tres hombres de la partida –que vigilaban y escuchaban con sus corazones latiendo agitadamente– oyeron un grito que parecía llegar desde una gran altura sobre sus cabezas, que repetía una vez más:

– ¡Oh, qué ardiente altura..! ¡Oh, mis pies son de fuego..., mis pies ardientes son de fuego!

Y luego volvió el silencio...

El doctor Cathcart –dueño de nuevo de sí mismo– había conseguido agarrar a Hank violentamente por el brazo cuando trataba de arrojarlo precipitadamente en el bosque.

– ¡Necesito saber! –gritaba el guía–. ¡Necesito saber! ¡Quiero ver lo que ha ocurrido! ¡Ése no es él..., es un... diablo que ha ocupado su lugar..!

De un modo o de otro –él declara que ni siquiera sabe o que hizo–, consiguió mantenerlo dentro de la tienda hasta pacificarlo. El doctor, aparentemente, había alcanzado un grado en el que la reacción es vencida por las propias fuerzas, porque había manejado a Hank admirablemente. No obstante, fue su sobrino –hasta aquel momento tan maravillosamente dueño de sí mismo– el que le dio más quehacer y le causó más ansiedad, porque la acumulación de los esfuerzos efectuados había producido en él una especie de histerismo lacrimoso que hizo necesario aislarlo, metiéndolo en su cama y envolviéndolo con las mantas, para evitar el peligroso contagio de su ataque nervioso que podría serle fatal para Hank.

Y allí estuvo hasta el amanecer, mientras los vigías de aquella noche encantada pasaban sobre el campamento solitario, vociferando frases espantosas debajo de sus mantas y, a veces, trozos de frases como en una terrible pesadilla... Un galimatías de velocidades y alturas, y fuegos, extrañamente mezclado con recuerdos bíblicos de la escuela: «Gente con la cara rota y toda de fuego llega al campamento... a un paso espantoso..., espantoso..!» – murmuró una de las veces–. Luego se sentó en el lecho, intentando escuchar, y susurró: «¡Qué horrible es la soledad del desierto..., esos son sus pies..!». Su tío vino a cambiar la dirección de sus pensamientos y confortarlo. El histerismo, afortunadamente, no fue más que temporal. Y el sueño lo curó, lo mismo que curó a Hank.

Hasta que comenzó a clarear, poco después de las cinco, el doctor Cathcart se mantuvo despierto. Su cara era del color de la tiza, con unos ramalazos rojos bajo los ojos. Durante las silenciosas horas transcurridas su voluntad había sostenido una dura lucha con el espantoso terror de su alma. Y de esa lucha provenían aquellos signos externos...

Cuando amaneció encendió él mismo el fuego, hizo el desayuno y despertó a los demás. Eran las siete cuando estaban ya en camino hacia el primitivo campamento, los tres perplejos y afligidos, pero habiendo conseguido reducir, cada uno de ellos a su modo, el desorden interno que en ellos reinaba a un estado más o menos normal y sistemático...

Hablaron poco y solamente de cosas triviales y vulgares, porque sus mentes se hallaban todavía cargadas con los pensamientos penosos de todo lo pasado y que exigían una explicación, aunque ninguno de los tres se atrevía a plantear el asunto. Hank, cuyo temperamento se aproximaba más al hombre primitivo, fue el primero en encontrarse a sí mismo, porque tenía menos complejos... En el doctor Cathcart, la *civilización* luchaba con odas sus fuerzas contra un ataque singular. De cualquier modo, a partir de aquel día, no está *completamente* seguro de ciertas cosas, y tardó mucho tiempo en encontrarse a sí mismo.

Simpson, el estudiante de Teología, fue quien probablemente arregló mejor sus conclusiones, aunque no con la apariencia más científica. En el corazón de aquella selva habían sido testigos de algo cruel y primitivo, algo que había sobrevivido a pesar de los adelantos científicos de la humanidad, a pesar del progreso, y que les había revelado la existencia de una vida, hasta entonces desconocida para ellos, monstruosa y primitiva. Simpson lo consideraba como un destello de las edades prehistóricas, cuando las supersticiones -gigantescas y burdas- oprimían todavía el corazón de los hombres; cuando las fuerzas de la naturaleza estaban aún indómitas y los Poderes que dominarían aquel primitivo universo no estaban definidos. A partir de aquel día, Simpson pensó que en el término de algunos años haría un sermón en el que hablaría de las "salvajes y formidables Potencias que acechan a las almas de los hombres, no malas en sí mismas, quizá, pero instintivamente hostiles a la existencia de la Humanidad tal y como la concebimos".

Con su tío jamás discutió el asunto detalladamente, porque la carrera que se alzaba entre ellos -la del uno material, espiritual la del otro- lo hacía muy difícil. Solamente una vez, años más tarde, algo los llevó a rozar este asunto..., o más bien un ligero detalle del asunto...

- ¿Puedes decirme qué era *aquello* o cómo era..? -preguntó el sobrino-.

Y la respuesta, aunque inteligentemente concebida, no fue demasiado tranquilizadora:

- Es mucho mejor que no trates de saberlo..., ni siquiera de comprenderlo...

- Pero... ¿y aquel olor? -insistió Simpson- ¿qué opinas de él?

El doctor Cathcart lo miró fijamente y alzó las cejas.

- Los olores -replicó- no son como los sonidos y las visiones, de fácil comunicación telepática. Sé tanto o tan poco como tú mismo...

No fue tan locuaz como otras veces en sus explicaciones...

Al caer el día, fríos, exhaustos, muertos de hambre, los tres hombres que componían la partida, llegaron al final de su penosa y accidentada expedición y, casi arrastrándose, sin apenas poder mantenerse en pie, entraron en aquel campamento que, a primera vista, parecía vacío. No había ni rastro de fuego y Punk no salió a recibirlos, para darles la bienvenida. La capacidad emocional de los tres estaba totalmente agotada para mostrar sorpresa o desilusión; pero el grito de espontáneo afecto que salió de los labios de Hank, cuando se precipitó el primero al sitio en que estuvo encendido el fuego, llegó como un aviso de que el final de la aventura no había llegado todavía. Y ambos, Cathcart y su sobrino, confesaron más tarde que cuando lo vieron arrodillarse excitado y abrazar algo que yacía, moviéndose suavemente, al lado de las extinguidas brasas sintieron en su interior que *algo* les decía que Défago –el verdadero Défago– había regresado. Y así era, en efecto.

Pronto tuvieron la explicación. Exhausto hasta la extenuación, el franco-canadiense –lo que quedaba de él– estaba allí, entre las cenizas, tratando de hacer fuego. Su cuerpo estaba acurrucado y sus débiles dedos obedecían al instintivo hábito de toda una vida manejando ramas y cerillas. Pero ya no había una inteligencia que dirigiese la sencilla operación; el alma había huido a otro mundo muy lejano. Y, con ella, había huido también la memoria. No sólo los recientes acontecimientos, sino toda la vida anterior eran una inmensa laguna en el recuerdo. Pero esta vez era él, aunque increíblemente encogido. Su rostro carecía de toda expresión y al verlos, no experimentó el menor cambio ni mostró señal de temor, de bienvenida o de reconocimiento. No parecía saber quién era aquel que lo estaba abrazando, ni tampoco el que lo alimentó y calentó o el que le dirigió palabras de consuelo y esperanza. Abandonado, roto, hasta un punto a donde no puede llegar el auxilio humano, el desventurado hombrecillo hizo mansamente todo cuanto se le pidió. El *algo* que hasta entonces había constituido su individualismo se había desvanecido para siempre.

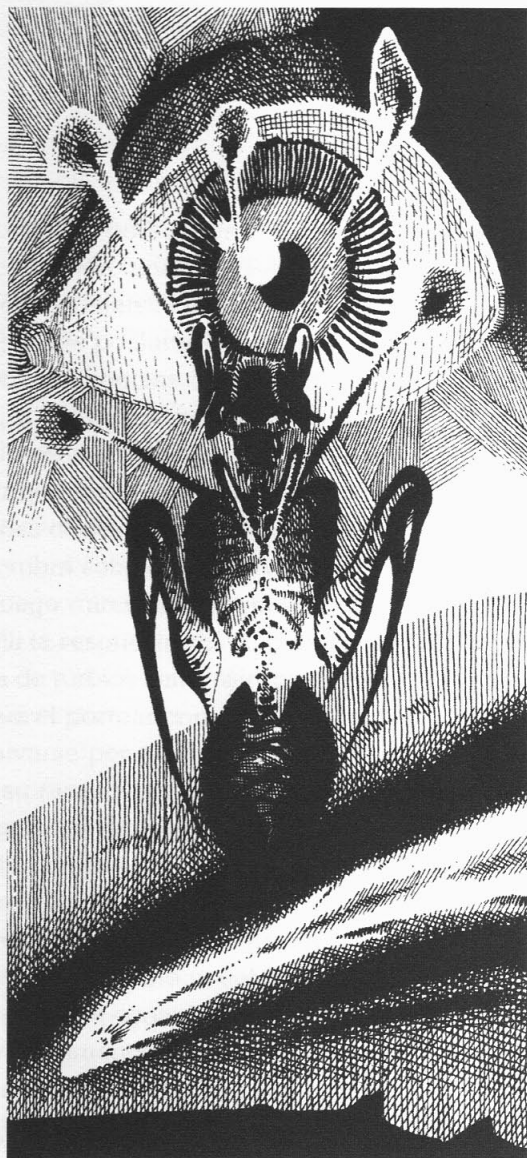
En cierto modo, lo más terrible que jamás habían visto era, por una parte, aquella sonrisa idiota que les dirigió, mientras se atiborraba de musgo y les decía que era un maldito *musguivoro*, por otra, el hecho de vomitar continuamente los alimentos más sencillos y comunes, y, lo peor de todo, la voz infantil y quejumbrosa con que les dijo que sus pies le dolían mucho porque “ardían como el fuego”. Esto lo encontraron muy natural cuando el doctor Cathcart se los examinó y vio que los tenía espan-

tosamente helados. Bajo los ojos había claras señales de haber sangrado...

Los detalles de cómo sobrevivió a la prolongada exposición, del lugar donde estuvo o cómo cubrió la gran distancia entre uno y otro campamentos, incluyendo la enorme vuelta que tuvo que dar al lago, puesto que no tenía canoa, nunca se supieron. Su memoria se había desvanecido por completo. Y antes de que concluyese aquel invierno, en cuyo principio ocurrió tan extraña aventura, Défago, despojado de su inteligencia, de su memoria y de su alma, se fue con ellas para siempre. Se consumió en unas cuantas semanas.

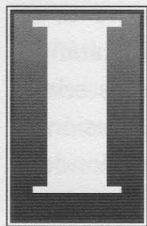
Y lo que Punk pudo decir para contribuir a aclarar la historia desconcertante, no dio tampoco demasiada luz. Se hallaba limpiando pescado a la orilla del lago a eso de las cinco de la tarde —una hora después de la partida de la expedición de socorro—, cuando vio aquella sombra del guía caminando débilmente en busca del campamento. Al avanzar, parecía como si le precediese un extraño y singular olor.

En ese mismo instante el viejo Punk regreso apresuradamente a su casa. Cubrió la jornada completa de tres días como sólo un hombre de sangre india lo hubiera hecho. El instinto de su raza lo guiaba. Él supo lo que todo aquello significaba: Défago había visto en verdad al *wendigo*.



Ragnarok

— Josu Mendiola —



IGUALMENTE podríamos habernos quedado quietos en nuestra localización, una vez divisamos la enorme estela que trazó el bólido antes de estrellarse contra el suelo, pero el capitán Fedoséiev decidió que lo mejor que podíamos hacer era investigar dónde había caído y analizar las consecuencias del impacto. Si aquella decisión habría de sernos funesta, o no, quedará para las discusiones de salón de aquellos que nos mandaron a las riberas del Baikal y que seguramente nunca imaginaron el cariz que iban a tomar los acontecimientos que paso a por menorizarte. Si tienes dudas, Ignati, si tras años de haber sido amigos aún albergas alguna sombra sobre lo que pronto descubrirás a través de estas breves líneas, te ruego mires hacia el interior de tu propio corazón y trates de encontrar allí la respuesta. El guía que lleva esta carta poco podrá resolver la maraña de turbios sentimientos que seguramente te asaltarán, pues él, al igual que el porteador que lo acompaña y los otros que huyeron, parecieron salvarse por alguna extraña razón que no he conseguido averiguar; tal vez su raza, o sus creencias de hombres acostumbrados a la soledad de los grandes desiertos, les permitieron disfrutar de una diferente óptica ante lo que nos ha ocurrido, y de esa forma, su inteligencia propensa –pensamos los creyentes– a la credulidad más infantil, les animó a aceptar la realidad que se nos presentaba como buena, tomando precauciones desconocidas para nosotros. El capitán los manda de vuelta a casa y es por ello que contraviniendo sus órdenes he decidido escribirte estas líneas y encomendárselas a Atrek, que fiel como un perro hará llegártelas a través del correo militar desde Neryngri.

Como te decía, la decisión de Fedoséiev de acercarnos hasta el lugar en donde cayó el meteorito, no parecía en un principio ocultar ningún peligro. Sabes muy bien, Ignati, que en una expedición topográfica se ha de hacer caso de todo aquello que surja alrededor y que en definitiva pueda alterar el trabajo rutinario que desarrollamos, pues, precisamente, de estos pequeños regalos que nos hace la providencia, o el infierno, nos nutrimos para mejorar nuestro talante y acrecentar las ganas de seguir trabajando en una rutina, por más, tediosa como pocas.

Salimos de nuestra posición al despuntar el sol, bien pertrechados y dispuestos para la larga marcha que nos tendría ocupados un par de días como poco; a la larga caminata habríamos de sumar lo inclemente del tiempo de aquella primera jornada pues el viento arreciaba dificultándonos en mucho el ya difícil avance por la superficie nevada de los eriales por donde discurríamos. Habíamos dejado para la vuelta la conclusión de los apuntes del terreno circundante a la zona norte del Baikal, donde la estepa, en esta época del año, se convierte en un inmenso desierto blanco, tachonado por trozos de naturaleza virgen que parecen oasis vegetales. Es esta zona un lugar maravilloso en verano, extremo en calor y diverso en entonaciones cromáticas que surgen de la variada orografía del terreno, que como sabes es abundante en tierras y rocas de diferentes calidades y formas. Llevábamos varios días trabajando en uno de los inmensos bosques de abedules que festonean la superficie norteña de las riberas del lago; allí, como sabes, se asientan las enormes moles rocosas que presentan a la intemperie estratos de esquisto blanco que merecieron el interés de Fedoséiev, por hallarse emparentadas con las que festonean las estribaciones del mar de Aral. Como te digo, en aquel árido lugar habíamos pasado las jornadas anteriores sin que nada, salvo las vulgares situaciones que se pueden dar en una expedición de trabajo, pudieran prevenirnos de lo que al fin habría de ser nuestro terrible destino.

En esta vasta soledad, tanto en verano como en invierno, sólo las enormes crestas de las montañas sirven de compañía, y hacia allí, al sur —donde comienza a alzarse la meseta desde la propia superficie azulada del agua—, nos dirigíamos. Entiéndeme Ignati, que lo que a continuación te cuento no es ningún caso fruto de los accesos melancólicos que nos atentan a los que servimos a nuestro amado Zar en los vastos territorios que conforman sus dominios. Sabes muy bien que la topografía ha sido siempre una de mis mayores aficiones y que en el ejército encontré las posibilidades que la vida civil me negaba. No me quejo, quiero que lo comprendas, pues lo que ocurrió posteriormente nada tiene que ver con nuestra ciencia ni con las necesidades propias del servicio a las armas.

El grupo lo formábamos nueve hombres además del oficial al mando, y entre ellos cuento a los tres portadores y al guía que lleva esta misiva: un hombre de la estepa, nómada y acostumbrado como pocos a las inclemencias de la vida a la intemperie. No quiero tampoco importunarte ni con el número ni con la calidad de los encargados de la misión topográfica, por cuanto me consta que nuestro ejército goza de buena fama

en cuanto a hombres y pertrechos, pero me es necesario recordarte que no hubo merma en cuanto a actitudes ni méritos, y que lo que a continuación te describo debió ser fruto de un azar del que no puedo dar razón.

Dos días tardamos en llegar a la cornisa abrupta que da comienzo a la meseta, y aún tardamos uno más en ascender por los encrespados terrenos con que separa la naturaleza la montaña y el lago. Subimos por intrincados caminos, perdidos a veces entre rocas áridas y paisajes desolados; otras, atravesando vertientes magníficamente decoradas por follaje y árboles de toda índole, cuya visión agradecemos. Quien no ha estado en estos bellos parajes no sabe lo que el buen Dios nos ha brindado para deleite de nuestros sentidos, y permíteme que no pormenore la riqueza que puede encontrarse entre los valles, otras veces secos, cuando la lluvia y la nieve los anega, pues barrunto que tu buen juicio e imaginación podrá hacerse una idea precisa de cuanto callo.

Al cuarto día de camino, y ya sobre la base meridional de la meseta comenzamos a divisar a lo lejos una leve luminiscencia que se acrecentaba en cuanto el sol comenzaba a abandonar su cénit. Fedoséiev mandó acampar y esperar al alba para acercarnos hasta aquel lugar que sin duda encerraba el cráter producido por el bólido que habíamos visto hacía ya algunas noches. La pequeña tropa mantenía alta la confianza y la ilusión, y durante la velada se hicieron bromas de todo tipo. Como ya te he comentado anteriormente, aquel suceso había roto la tediosa rutina, y tras dos meses de trabajo sobre la estepa profunda, aquello resultaba de agradecer. Empero, uno de los porteadores, el más viejo, hombre de raza kurdo-persa de las montañas, comenzó a mostrarse hosco e irreverente; aquella terquedad que muy bien podría deberse a un súbito cambio de humor, se demostró claramente propia de los hombres que tienen miedo. Cerca de la hoguera levantada en mitad del campamento rodeado de tiendas y carros, aquel viejo relataba a los que querían oírle viejas historias sobre meteoritos caídos en parajes desolados como aquel en el que estábamos. Escuché desde lejos, y por más que intenté encontrar razón elocuente de que cuanto decía podía ser fruto de la imaginación, no pude sino rendirme a la evidencia de la lógica aplastante con la que describía fenómenos y hechos acaecidos a lo largo de nuestra historia y de los que dan fe los científicos. Que yo recuerde habló de un primer meteorito, uno de gigantescas dimensiones que aterrizó al norte, cerca de donde los grandes hielos cercenan el paso a nuestros buques. También habló de la desolación, del fuego y del frío que atenazaron nuestro planeta durante eones, y que

al cabo terminaron con las vidas primigenias que habitaron nuestro planeta. Parecía un hombre inculto, poco cultivado si lo prefieres, pero sus descripciones sobre lo que ocurrió a continuación, más parecían propias de hombres versados en ciencia y astronomía, y fue aquello lo que me produjo mayor trastorno. Si bien me consta no conocía las nuevas teorías vertidas por el inglés Darwin, o por Lacan, lo cierto es que hablaba veladamente de organismos vivos que se trascendían, adecuándose a los nuevos tiempos que les tocaba vivir, a una renovación vital que surgía de expectativas no cumplidas, de problemas resueltos. Aquel hombre, del que no recuerdo el nombre sino sólo su mirada, decía que no era bueno que nos acercáramos al lugar en donde había caído el meteorito, y que mejor sería dejar las cosas como estaban, que si alguien o algo viajaba en él, lo mejor que podíamos hacer era dejarlo solo, que el cielo nos regala ángeles y que ninguno de ellos viaja en pedruscos negros por el aire nocturno.

Lo del pedrusco negro lo pasé por alto hasta que al día siguiente, una vez nos encontramos en las lindes del enorme cráter, pudimos observar que en su interior se hallaba una piedra de considerables dimensiones, oscura y agujereada, como las que vimos juntos en San Petersburgo, Ignati, pero en cuyo interior sobresalía una especie de columna bien tallada, cilíndrica y roma, sólo posible si la mano del hombre la hubiera tocado, y negra como el azabache o la brea, pero mate, apagada, capaz por sí sola de tragarse toda la luz de aquel atardecer. Fue en aquel mismo instante cuando tuve una conciencia extraña de aquello que teníamos ante nosotros, y fue en aquel momento cuando pensé de nuevo en las historias contadas por el viejo al amor de la lumbre.

Aquel día había amanecido luminoso, frío, pero agradable. Nos preparamos para nuestras faenas aunque el capitán ordenó que nadie bajara, todavía, que lo mejor sería quedarnos afuera de la enorme hondonada, todavía humeante, que seguía desprendiendo aquella extraña luminiscencia que seguramente, y a estas horas, seguirá viva.

En las horas que siguieron antes del anochecer cartografiamos la zona circundante, tomando medidas y más medidas, situándonos en todos los lugares posibles, haciendo cálculos precisos del lugar y su ubicación con respecto a la meseta y al propio Baikal, tomando referencias en las montañas lejanas y en la propia trayectoria de nuestro astro rey. Sin embargo los instrumentos magnéticos no funcionaban como era de esperar: una fuerza de origen desconocido atraía las agujas de los relojes y brújulas

hacia aquel agujero. Chéjov advirtió de las propiedades del hierro que cae del cielo encerrado en los grandes bólidos, y de la posibilidad de que aquel meteorito que teníamos ante nosotros tal vez superara por mucho la cantidad habitual, pero pocos fueron los que le creyeron a pesar del asentimiento general que dispensamos a sus palabras. En otras ocasiones hemos asistido a las desviaciones propias de un magnetismo puntual, como el de los imanes, pero puedo jurarte que nunca las agujas marcaron tan claramente un lugar que no fuera el norte.

Aquella noche nadie habló. Cenamos pronto y nos miramos mucho, como si un presentimiento recorriese el campamento de lado a lado. El viejo y los otros dos porteadores se encontraban cerca de las mulas y los carros, taciturnos, con un miedo que resultaba palpable a través de sus miradas. Las advertencias de la noche pasada habían sido tomadas en serio por el resto de los porteadores, y en verdad, Ignati, que no era para menos, yo también sentí aquel extraño desasosiego, y también el oficial Sliunkov, y el propio capitán.

Nos retiramos a nuestras tiendas cabizbajos, dejando de guardia a dos hombres como había ordenado Fedoséiev. Por primera vez en tanto tiempo como habíamos pasado en los parajes desérticos y vírgenes de nuestra amada patria, el capitán había mandado hacer la guardia a dos hombres, y nunca unos guardias aferraron con tanta fuerza sus rifles.

Nos despertaron los gritos de Yuri Bóndarev, mientras Chéjov examinaba los cuerpos retorcidos de los vigías. El viejo porteador y otro, el más joven, habían desaparecido con sus pertenencias y un par de mulas, sin que apenas quedara rastro de ellos. El viento ululaba fríamente mientras sesgaba la superficie violácea de la nieve, iluminada por la luna y por la luminiscencia que seguía surgiendo de la hondonada. Los dos vigías, como te decía, estaban retorcidos, en su sitio, sí, pero como si la esencia que nos hace parecer vivos los hubiera abandonado mientras ejecutaban las órdenes del capitán. Estaban resecos, apenas eran unos huesos enfundados en sus uniformes de faena, bajo los abrigo; las manos seguían aferrando los rifles como viejos guerreros que han muerto y que velan por la seguridad de los que fueran sus amos, desde el otro mundo.

Aquella visión me paralizó sobremanera, nunca había visto nada parecido, ni por mucho que traté de hacerlo pude imaginar lo que actuó de aquella forma sobre ellos. Un ruido, como un siseo profundo nos devolvió parte de la serenidad perdida, y sé bien lo que me digo. Chéjov dio

un paso al frente, y antes de que pudiéramos hacer nada por evitarlo comenzó a caminar con dirección al meteorito. Bajaba lentamente, envuelto en las bolutas de nieve que levantaba el viento y entre la luz fantasmal que despedía la propia roca. Una tranquilidad como la que produce en el enfermo la morfina, nos embriagaba. Le vimos avanzar y comenzar a desaparecer mientras era engullido por aquella luz que ahora parecía producida por miles de bujías, radiante y majestuosa en intensidad. Durante un breve instante aquel cuerpo rotundo de nuestro médico se quedó quieto, para continuar después como si obedeciera a una fuerza que le llamaba desde el interior del bólido. Fue en aquel preciso momento cuando lo ví, o creí verlo: enhiesto, rígido, un cuerpo alto y huesudo, provisto de aristas y espinas, mitad hombre y mitad insecto surgió del interior de la piedra, plasmándose en mitad de la luz, como una sombra que se vuelve nítida, haciéndose visible donde la razón nos dice que no hay nada y donde los ojos ven una especie de mantis religiosa de dimensiones colosales, rodeada de apéndices y de extensiones de su propio cuerpo. Chéjov caminaba hacia él hasta que se derrumbó cayendo al suelo, como una marioneta a la que cortan los hilos.

Bóndarev disparó dos veces su rifle, y puedo jurarte que acertó antes de que una brisa gélida nos envolviera para tragarnos en una ensoñación luminosa y fría como la muerte, mientras un profundo olor a azufre anegaba mis fosas nasales. Recuerdo poco de lo que ocurrió entonces, sólo sombras fantasmales contra un fondo iluminado que parecía vivo, como si miles de cuerpos luminiscentes se agitaran bajo una pantalla trasparente, como miriadas de arañas antes de salir de sus huevos sobre el abdomen de su progenitora. Un sonido lastimero surgía del decorado y llegaba atimbrado y agudo al interior de mi cabeza sin que pudiera llegar a discernir en ningún momento lo que decía.

Tuve miedo, un miedo aterrador que me tenía paralizado a unos metros de donde se encontraba mi superior, mientras éramos engullidos por un marasmo de sensaciones delirantes y la sombra que teníamos delante se volvía clara para mirarnos desafiante con unos ojos que devoraban la luz y nuestros sentidos.

Aquella mirada, Ignati, aquella mirada debió ser la misma que sintió Nuestro Señor cuando sufrió las tentaciones en el desierto. La magnitud de su oscuridad no tiene reflejo en lo que conocemos, así como la sensación de gélida frialdad que me atenazó al sentirme observado por ella.

Atrek nos despertó. Él, y el otro porteador se habían distanciado hasta situarse detrás de las tiendas y los carromatos; lo suficiente como para evitar *aquello* que nos acarició el espíritu y que el porteador se empeñaba en llamar “ragnarok” como le había enseñado la noche anterior el viejo kurdo que ya había huído. Fedoséiev tenía todavía su arma en la mano, y la cara pálida, arrugada, y perlada por sudor, y los cabellos blancos donde hacía unos instantes eran castaños. Por la expresión de asombro y de miedo que se percibía en el porteador y el guía te diría que yo también debía aparentar la misma expresión de haber atravesado el infierno, no he tenido redaños para enfrentarme a un espejo.

Bóndarev yacía muerto, a nuestro lado, presentando las mismas características que Sajarov y Turgueniev, los dos vigías. Lo que fuera le había sorbido la esencia hasta convertirlo en un amasijo de huesos a los que la piel y la carne reseca se pegaban como un cuero viejo.

“Ragnarok, ragnarok” balbuceaba el joven porteador mientras a duras penas se mantenía en su sitio. Atrek, más curtido, nos tomó de la mano hasta acercarnos a la hoguera, lejos de la zona en donde descansaba la roca y su contenido, ahora no me cabe la menor duda. Quietos, expectantes, allí estuvimos sin decir palabra las horas siguientes que nos llevaban hacia el amanecer. Atrek consiguió calmar al joven porteador, ordenándole faenas y actividades sencillas como preparar café o avivar el fuego. Ninguno fue capaz de articular palabra hasta que Fedoséiev se levantó y ordenó tajante que recogieramos los pertrechos y nos fuéramos.

Dejamos atrás la luminiscencia y la roca, y caminamos hasta llegar al punto donde el macizo se levanta. Allí, antes de continuar, Fedoséiev nos recomendó silencio sobre lo sucedido, por una razón que ahora comprendo y que en aquel momento no supe ver, animó a Atrek y al porteador a que nos acompañaran hasta el bosque de abedules que habíamos abandonado hacía un par de jornadas, con la promesa de que allí habrían de dejarnos sin contar a nadie nada de lo sucedido. Atrek, en persona llevaría una misiva al coronel del campo Neryngri, narrando hechos que salvaguardarían su seguridad y una más que previsible reticencia a dar por perdida la partida de trabajo. Atrek comprendió lo que se le decía, y aunque a regañadientes, prometió acompañarnos y cumplir las órdenes que le habían sido dadas. Avanzar nos resultó terriblemente difícil, me sentía cansado y frágil, como si las fuerzas me fueran abandonando poco a poco. Por el aspecto del capitán supe que a él le ocurría lo mismo.

Al atardecer de aquella jornada, sin haber llegado siquiera a cubrir seis millas, Fedoséiev ordenó parar y anunció la partida al amanecer del guía y del portador que nos quedaba. No habíamos llegado a donde queríamos, pero tanto daba, lo leí en sus ojos; aquel hombre que nos había dirigido habilmente y en quien confiábamos lo daba todo por perdido.

Sabes muy bien que soy hombre creyente, de profundas convicciones y que no he tenido nunca dudas sobre la existencia del demonio y de sus acólitos, pero de mis creencias al hecho irrefutable que acababa de vivir existía un tránsito que se me hacía difícil de asimilar. Te consta mi tendencia perseverante a certificar los hechos y situaciones con que nos deleita y asusta lo que conocemos como realidad, y por ello te ruego me dispenses credibilidad suficiente si te digo que creí ver al demonio en persona en mitad de aquel sueño, y aquel recuerdo de la visión me trajo a la memoria las palabras que balbuceaba el porteador y compañero de Atrek: “ragnarok, ragnarok”. “Ragnarok” era el fin de los tiempos para los antiguos vikingos, su apocalipsis particular y mitológico; aquella palabra escandinava había sido mentada por el viejo porteador para definir lo que viajaba en el interior del meteorito como si se tratara de un antiguo conocido, y no me cabe, ahora, ninguna duda acerca de que aquel hombre sabía bien lo que decía. Por alguna extraña razón el kurdo-persa conocía de la existencia del visitante, no se si por haber escuchado –a su vez– historias que le hacían referencia, o por haber visto con sus propios ojos algo similar a lo que nos había ocurrido. Lo cierto es que este pensamiento me trastornó al irse acrecentando en mi entendimiento la posibilidad de que visitantes como el que habíamos visto hubieran podido arribar a nuestro planeta durante toda su existencia; y ante el miedo, debo confesarlo, de que aún pudieran llegar más.

Hemos pasado las últimas horas en un profundo silencio, quietos, cerca de la hoguera que alumbra nuestro campamento. Fedoséiev no habla de ello, pero entiendo en su mirada que percibió lo mismo que yo, y que tal vez aquello no fuera un sueño, como lo sentimos. Tal vez, sólo tal vez, aquella extraña ensoñación fue una especie de viaje a través del espacio y del tiempo al mismísimo averno, y que las criaturas que vimos fueran ciertamente reales, ánimas apresadas a perpetuidad y veladas por aquel ser indescriptible y negro que se debatían por escapar.

Ahora sé que no llegaremos muy lejos, que el demonio que vimos vendrá a por nosotros de la misma manera que lo hizo con nuestros compañeros, que sólo nos ha dejado vivir un poco más, sin que llegue a enten-

der la razón de tal actitud. Atrek también lo sabe y se muestra esquivo y precavido como si nuestra presencia fuera el eco lejano de la otra, de aquella que dejamos cerca del bólido, envuelta en luces y gritos. Como te decía al principio de esta misiva, su mente de hombre acostumbrado a los secretos de los desiertos le ayudó a entender con quién nos las teníamos que ver. A su buen juicio y precaución debe el mantenerse vivo, porque Fedoséiev y yo mismo ya estamos muertos.

Este libro terminó de imprimirse el 4 de Julio de 1999.

Atravesaron el corazón silencioso del bosque, amortiguado el ruido del caminar por la espesa alfombra de nieve que cubría la hierba y los helechos quemados por el frío. No habían comido. Los tres compañeros presentían algo extraño en el ambiente y continuaron sin decir palabra, con prisa por llegar siquiera a ver un final en aquel atolladero que parecía una trampa que les sobrecogía los corazones y seguía poniendo nerviosos a los animales. Fue entonces... Lejano, profundo y duro, surgiendo de la espesura, a un cuarto de milla desde el mismo interior del bosque; un aullido como de lobo, pero diferente.



Lectura recomendada:
A partir de 16 años



PVP: 1.200 ptas
7,21 euros

NARRATIVA AMBIENTAL